



Publicado por:

NovaCasa Editorial

www.novacasaeditorial.com

info@novacasaeditorial.com

© 2020, **Elena López**

© 2020, de esta edición: Nova Casa Editorial

Editor

Joan Adell i Lavé

Coordinación

Silvia Vallespín

Corrección

Florencia Perez Noguera

Diseño de cubierta

Vasco Lopes

(Imagen de la cubierta basada en
ilustración de Croisy / Shutterstock)

Maquetación

Vasco Lopes

Impresión

PodiPrint

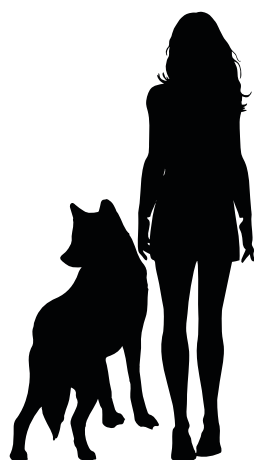
Primera edición: Enero 2020

ISBN: 978-84-17589-47-9

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 917021970/932720447).

ELENA LÓPEZ

DULCE TORTURA



Nova Casa Editorial





DEDICATORIA

A cada uno de mis lectores que me han brindado
su apoyo desde el inicio.

A los que hace poco han llegado y se han quedado.

A mi hermano, Francisco Javier; cada logro será para ti,
hasta el cielo.





PRÓLOGO

Cuando Kairi Baker arriba a Banff, asegura que su vida se sumirá en una rutina aburrida en aquella pequeña ciudad rodeada de bosques; sin embargo, Donovan Black irrumpe en su burbuja de tranquilidad y monotonía.

No obstante, ese no es su mayor problema, sino los acontecimientos que comienzan a rodearla, los cuales terminan con su tranquilidad.

Secretos la rodean; una venganza la condena; la magia a su alrededor acaba con todo lo que conocía y la sumerge a un mundo sobrenatural, lleno de leyendas y seres antiguos que podrán ser su salvación y también su única esperanza.





CAPÍTULO I

—Vamos, Kairi, se te hará tarde —la escuché gritarme con voz ansiosa y desesperada desde algún punto de la casa.

Resoplé, cogí la mochila y bajé corriendo los escalones, haciendo crujir la madera bajo mis botas.

En menos de un minuto llegué a la planta baja, arrojé la mochila sobre el sofá y me dirigí a la cocina, donde mi hermana mayor estaba sirviendo el desayuno con gesto enérgico. Era obvio que se encontraba nerviosa, y esa era su manera de dejarlo entrever.

—Buenos días, Maddy —saludé y la ayudé a poner la mesa. Aunque no era gran trabajo, solo éramos ella y yo en esa casa.

Acomodé los platos, los vasos y una taza de café para Maddy; entretanto, ella comenzó a servir los huevos con tocino para luego verter el jugo de naranja en nuestros vasos de cristal. Finalizó con un poco de café; ella lo necesitaba para mantener energía. Simplemente, si no tomaba café, su día no era bueno.

Me senté y la esperé, observándola moverse por la cocina rápidamente; los mechones de su cabello castaño, casi oscuro, se oscilaban de un lado a otro por su rostro mientras ella lo

apartaba. Usaba una blusa rosa pastel de botones blancos que mi padre le había regalado. Pese al tiempo que tenía, se seguía manteniendo en buen estado, aunque podía asegurar que ella buscaría la forma de remediar cualquier desgaste que tuviera. Maddy amaba esa blusa.

—¿Estás nerviosa? —me preguntó de pronto sentándose frente a mí, sin mirarme a la cara. Su atención estaba puesta sobre el periódico mientras llevaba el cubierto repleto con comida a la boca, la cual masticaba con prisa, atenta a lo que leía.

—No —respondí despectiva imitándola con los cubiertos.

—Me alegro; ya verás que te irá bien —afirmó. Me dedicó una leve mirada; sus ojos chocolate se achicaron y nuevamente se posaron en el periódico.

Hice una mueca que ella no vio. Al menos, eso esperaba.

Todo era tan diferente allí, tan pequeño y verde, que me daba la impresión de que todos vivían dentro del bosque. Acabábamos de mudarnos a Banff, en la provincia de Alberta, Canadá, que, a decir verdad, era más un pueblo con gran turismo debido a las diferentes atracciones que tenía. Había dejado mi vida en Chicago atrás, ya que el trabajo de mi hermana así lo solicitaba, y no podíamos darnos el lujo de mantener dos casas y mis estudios en el colegio. Eran gastos que, por el momento —y aunque quisiéramos—, no podíamos costear.

No contábamos con más familia: nuestro padre había fallecido hacía dos años y la mujer que me había dado la vida se había largado en cuanto yo había llegado al mundo. Nunca habíamos sabido nada más de ella, y en realidad no hacía falta el saberlo. Éramos nosotras dos contra el mundo, y estaba bien: siempre nos mantendríamos unidas.

Maddy era mayor que yo, una doctora especializada en pediatría, graduada un poco antes de que papá falleciera. Yo, por

mi parte, cursaba el tercer semestre de preparatoria y esperaba seguir los pasos de mi hermana.

—Sí, bueno, creo que es hora de irnos —dije mirando mi reloj, sin prestarle atención al plato medio vacío que había dejado. Ni siquiera tenía apetito. Me encontraba un tanto nerviosa y ansiosa, como si presintiera algo. Aunque debía de ser lógico; iba a enfrentarme a un entorno totalmente distinto al que había estado acostumbrada.

—Claro —aceptó poniéndose de pie. Ella sí que había acabado el desayuno. No sabía a dónde iba toda esa comida que ingería; por más que ella comiera, Maddy nunca subía de peso. Era muy delgada, más de lo que ella quisiera, pero no dejaba de verse bonita con esas facciones finas que heredó de algún familiar.

La ayudé a recoger la mesa en silencio y dejé los platos en el lavavajillas; luego fui a la planta alta de nuevo, entré al baño directamente y me apresuré a cepillar mis dientes. Al terminar me miré una última vez en el espejo, acomodé la maraña revuelta que era mi cabello castaño y decidí en el último instante tomarlo en un moño alto. Observé el brillo labial a un costado de mi pequeño estante, que me tentaba para que lo usara, pero opté por ir al natural. Salí de ahí con prisa; se me estaba haciendo tarde.

Nuevamente bajé corriendo, cogí la mochila y justo Maddy me esperaba en el umbral de la puerta. Creía que ella estaba más emocionada que yo por llevarme al colegio, como si fuese una niña pequeña que apenas comenzaba el preescolar.

Afuera estaba fresco. Me agradaba el clima de aquel lugar. No era ni muy caluroso ni muy frío; era perfecto. La mayor parte del día se hallaba nublado. Debía confesar que me había hecho sentir en Forks, y ciertamente me identificaba con Bella Swan. Aunque, claro, allí los depredadores no eran vampiros, sino humanos, y estaba segura de que no estaría fuera de problemas.

Antes de subir al auto, me quedé mirando hacia al frente. Lo que más me gustaba de ese sitio era el bosque que rodeaba todo el pueblo: el verde destacaba entre todo lo demás, lo que le daba un aspecto tan natural y calmado que me serviría de inspiración para ponerme a dibujar. Pero eso lo haría más tarde.

Abrí la puerta y subí al auto para acomodarme en el asiento de piel mientras Maddy arrancaba y, momentos después, se puso en marcha.

En lo que realizábamos el recorrido a mi nuevo colegio, me dedicaba a mirar por la ventanilla del auto, observando a las personas que recién abrían las puertas de sus comercios para comenzar el día. También vi a varios chicos que caminaban en grupos por las calles, dirigiéndose quizá al mismo lugar a donde yo iba. A pesar de todo, me hallaba emocionada; era divertido conocer gente nueva y hacerse amigos. No era muy sociable, pero tampoco me la pasaba en un rincón leyendo un libro.

Apreté la mochila contra mi cuerpo y la ansiedad creció de forma súbita mientras veía más y más jóvenes, lo que me hacía saber que pronto llegaríamos al colegio. El recorrido no era muy largo, ya que, al ser un sitio pequeño, llegabas a tu destino en cuestión de minutos. Nada que ver con Chicago, donde el tráfico era la muerte para las personas que necesitaban llegar a sus trabajos. Aunque, a decir verdad, era la muerte para todos. Una jodida desesperación.

Minutos después Maddy se detuvo en la acera frente a un edificio grande y un tanto antiguo. No tenía mala pinta; se notaba que buscaban la forma de conservarlo. Me sorprendió lo extenso que era y la multitud de jóvenes que asistían a este. Para ser un pueblo tan pequeño, había una buena cantidad de estudiantes, o quizá venían de otros sitios. Ya lo averiguaría luego.

Antes de bajar recorrí el estacionamiento con la mirada. A mi alrededor, chicos que sonreían, apoyados sobre sus autos;

otros que caminaban apresuradamente hacia la entrada; risas aquí y allá; grupitos de amigos; chicos solitarios. Había una gran variedad.

Sonreí. Me gustaba.

—Haré un espacio para venir a recogerte —me dijo mirando su móvil. Abrí la puerta y negué con la cabeza.

—No te preocupes; puedo caminar a casa —le hice saber despreocupada, con un pie fuera del auto.

—Kairi, eres nueva en la ciudad —comenzó a sermonearme.

—Es más un pueblo, Maddy —la corregí—. Además, la casa no está lejos. No me perderé. Tranquila —añadí.

Ella torció la boca mientras me miraba y yo esperaba para escuchar la respuesta, que ya sabía que sería que sí.

—Está bien. Solo con cuidado, por favor —me pidió preocupada, como toda una hermana mayor.

—Tranquila —repetí y besé su mejilla—. Nos vemos más tarde.

Bajé y me despedí de ella, cerré la puerta y mi hermana arrancó. Di la vuelta y observé una vez más el edificio para luego caminar hacia la entrada, sintiendo las miradas de los estudiantes sobre mí.

Por ese momento, los ignoré y busqué entre aquellos pasillos —que me parecían muy largos— la puerta que dijera «Dirección» o algo parecido. Mientras caminaba, me percaté de que los pasillos comenzaban a quedar vacíos, así que apresuré mis pasos, sintiendo que nunca iba a encontrar aquella puerta. Sin embargo, pude respirar tranquila al hallarla unos metros más adelante. Entré y me encontré con una especie de recepción. Me dirigí hacia un hombre de mediana edad que se encontraba detrás de un gran escritorio con la mirada fija en el ordenador; mordisqueaba un lapicero que se oscilaba de un lado a otro entre sus regordetes dedos.

—Buenos días. Soy Kairi Baker, estudiante nueva —saludé llamando su atención.

El hombre, que por la placa que tenía en un costado de su pecho— justo encima de su bolsillo— supe que se llamaba Jarod, acomodó sus gafas y frunció el ceño para después buscar unos papeles por menos de diez segundos. Al encontrarlos, me los entregó.

—Su horario está ahí, con el número de piso y de aula —dijo señalando con su lapicero la hoja que tenía en mis manos.

—Bien, gracias —murmuré. Mi primera interacción no había sido tan mala.

Él no respondió. Abrí la puerta con la vista fija en la hoja y, sin darme cuenta, choqué contra alguien que entraba de manera rápida.

—Deberías levantar la vista cuando caminas —espetó en tono grosero.

Fruncí el ceño, molesta por sus palabras.

Levanté la vista para decirle unas cuantas palabras, pero estas quedaron atoradas en mi garganta al ver al chico que tenía frente a mí.

Era uno de esos chicos que pensabas que jamás en la vida te encontrarías en algún colegio como ese. Me quedé anonadada observándolo, ni siquiera me importó que él siguiera mirándome. Era imposible no admirarlo.

Era alto, lleno de músculos, poseía un rostro de chico duro. Era apuesto —y muchísimo—: cada facción de su perfecto rostro te incitaba a admirarlo. Su cabello era castaño y corto, y sus ojos... Sus ojos eran color miel, pero casi podían pasar por verdes. Se veían muy claros, con un brillo tan hermoso que me fue fácil perderme en ellos. Era como si, de alguna manera, hubieran hipnotizado cada parte de mi ser, y yo no había puesto mucho empeño en no permitirlo.

Experimenté una sensación extraña. Era como si, al verlo, una fuerza desconocida y fuerte dentro de él me atrajera entera. Mas no de forma física, sino diferente, como si estuviese tomando parte de mi alma o como si esta se hallara completa cuando nos mirábamos a los ojos. A su vez, sentía un miedo súbito, el cual me había tomado desprevenida. Él desprendía un aura rara. Jamás había percibido nada similar en nadie, pero en ese chico me era fácil sentir una especie de maldad y oscuridad.

—Ya que has hecho un recorrido exhaustivo de mi atractivo, puedes hacerte a un lado. Necesito entrar —largó en tono despectivo.

Parpadeé desconcertada y apreté las cejas. Sus ojos seguían fijos en mí y me dio la impresión de que me conocían.

—¿Sabes? Existe una palabra mágica que puede ayudarte cuando necesites algo de las personas —increpé de manera displicente.

—Ah, ¿sí? —inquirió burlón, cruzándose de brazos, y me resultó complicado no mirar cómo sus músculos se contraían y parecían luchar contra su camiseta para liberarse.

Tragué saliva e ignoré mis fantasías de adolescente.

—Sí, pero tal parece que tu madre no te enseñó a decir «por favor» —repliqué.

—Pues no, no lo hizo —repuso acercándose a mí—. No necesito usar «por favor» ni «gracias». Quienes saben lo que les conviene jamás me dicen que no.

Solté una risa. Sabía que me encontraría con aquel tipo de chicos. Los había en Chicago, en cada colegio por el que había pasado y, por supuesto, allí no sería la excepción.

—Con tan pocas palabras que han salido de tu boca, me bastó para darme cuenta de que eres un perfecto idiota —escupí.

Desparecí de su vista y caminé por el pasillo, que entonces se encontraba vacío. Demonios, ya se me había hecho tarde. No tenía tiempo, mucho menos para perderlo con tipos como él.

Solté un grito cuando, de manera repentina, alguien me estampó contra uno de los casilleros que se encontraban allí. Abrí mucho los ojos por la sorpresa. El mismo chico de antes me tenía aprisionada con su cuerpo, sin darme posibilidad de escapar, con ambos brazos a cada lado de mi cabeza y con su pecho fuerte, que se presionaba ligeramente contra mí.

—¿Me has llamado idiota? —cuestionó mirándome con furia.

Tragué saliva y oculté mi nerviosismo.

—Además de idiota, sordo.

Entornó los ojos y apretó los labios. Había pensado que diría algo para ofenderme; pero, en lugar de eso, dibujó una pérfida sonrisa en sus carnosos labios.

—Kairi Baker —susurró mi nombre con suavidad—, no sabes en lo que te acabas de meter. —Su sonrisa se amplió—. Será placentero someterte en las redes de esta dulce tortura en donde acabas de caer.



CAPÍTULO 2

Él se apartó y lo vi alejarse. Caminó despreocupadamente sin dirigirme otra mirada; fui incapaz de reaccionar. Me quedé varada en medio del pasillo, con el corazón que me latía desabocado y con una sensación gélida que crepitaba por mi espalda, metiéndose hasta mi médula. Me había producido cierto temor, que me había decidido por ignorar. Había sentido sus palabras no solo como una amenaza que haría cualquier chico; él las había dicho de tal manera que de verdad me había hecho creer que estaba en serios problemas. Sin contar con el misterio de cómo sabía mi nombre, cuando ni siquiera se lo había mencionado.

Sacudí la cabeza y miré rápidamente mi horario. Tenía Química a la primera hora y odiaba esa materia.

Avancé con prisa hacia el tercer piso, obligué a mis piernas a moverse y, gracias a ello, arribé a mi aula en cuestión de minutos, y me percaté de que la puerta se encontraba cerrada.

Solté una maldición por lo bajo. Me acomodé el cabello y respiré profundamente. Luego toqué con mis nudillos la puerta, esperé un momento, y esta fue abierta por un hombre que no rebasaba los treinta.

—¿Y usted es...? —preguntó con la mirada en su reloj a la vez que fruncía el ceño.

Obvié su molestia y me quedé embobada unos segundos observándolo como una idiota. No sabía a dónde había venido a parar, que hasta mi profesor de Química era realmente guapo. A pesar de ser un hombre que me superaba por diez años; sus ojos azules eran tremendamente atrayentes, cautivaban, su piel blanca y el cabello oscuro hacían un buen contraste en su rostro varonil.

—Kairi Baker —respondí—. Siento llegar tarde, soy nueva —añadí a manera de disculpa.

—Esa no es excusa, pero solo por esta vez lo pasaré por alto —advirtió. Suspiré aliviada cuando se hizo a un lado y me dejó entrar al aula—. Busque un asiento libre.

Asentí y caminé hacia el final mientras todos me observaban con curiosidad. Elegí el último asiento, abrí mi mochila y saqué lo necesario para después comenzar a poner atención.

—Hola —murmuró una voz a mi lado, interrumpiendo mi tranquilidad.

Divisé a la chica de ojos negros y cabello castaño que me observaba sonriendo amigablemente. Usaba *brackets*, pero estos hacían su sonrisa más bella.

—Hola —saludé amable.

—Me llamo Criss —se presentó en un bajo susurro.

Sonreí.

No era precisamente el mejor momento para estar haciendo amigos cuando el profesor se hallaba dando la clase y explicando esas malditas fórmulas; sin embargo, ahí estaba yo, socializando cuando debía estar poniendo atención.

—Un gusto. Soy Kairi.

Hizo una mueca graciosa al escuchar mi nombre. No la culpaba, ya que realmente era extraño. Pero, en fin. Culpa de mi padre.

—Bonito nombre —se sinceró—; nunca lo había escuchado. Es lindo no tener un nombre común.

—Señoritas —nos llamó el profesor en manera de reprimenda.

Ambas nos concentramos y dejamos de hablar. Criss me miró de reojo y yo hice lo mismo. Sonreí al darme cuenta de que no todo sería tan malo.



Era la hora del almuerzo. Mis tres primeras clases habían ido bien y, para mi buena suerte, Criss estaba en la mayoría de ellas. Nos llevamos bien y es que ella tenía una facilidad para hacerme reír, además de que a mí me encantaba hacer amigos nuevos. Ambas nos dirigíamos al comedor para almorzar algo.

Entramos a aquella gran estancia repleta de alumnos que comían y se divertían disfrutando del tiempo libre que nos otorgaban. Todo era un tumulto de cuchicheos, risas y gritos; alumnos pasaban de aquí para allá, al tiempo que yo los veía emocionada y fascinada de estar en un sitio así. De pronto mi vista se clavó en aquel chico con el que había discutido al llegar. Él, al sentir que lo observaba, dirigió sus ojos hacia mí y me sonrió de lado. Movié sus labios, mas no entendí lo que dijo. Solo sabía que hablaba de mí, puesto que sus compañeros de mesa se volvieron a verme.

—Te recomiendo que te mantengas alejada de ellos —dijo Criss a mi lado al notar la dirección de mi mirada.

—¿Quiénes son? —pregunté con suma curiosidad.

—Es el grupito de Donovan Black. —Hundí las cejas. Con que así se llamaba el idiota—. Son de los más populares del colegio, y no por buena fama.

—Ah, ¿no?

—No. Ellos siempre están buscando problemas, en especial Donovan. Es como si él fuese el alfa y los demás, sus seguidores. Hacen siempre lo que él ordena —murmuró en voz baja, pero audible.

La verdad era que no me impresionaba en lo absoluto. Había tratado con chicos de peor fama en Chicago. Donovan solo sería uno más.

—Vaya, toda una fichita —musité—. Supongo que se acuesta con la mayoría de las chicas que hay aquí.

Sería algo típico. Todas ellas lo miraban embobadas, buscando una atención que sorprendentemente él no les daba. Solo de vez en cuando sonreía seductor, aunque nada más.

Pero vamos, ¿dónde quedaría el cliché si no fuese así?

—A decir verdad, los que se acuestan con todas las chicas del colegio son sus amigos. Él parece no encontrarse interesado en eso en lo más mínimo.

Eso sí resultaba extraño. Quizá no le gustaban las mujeres. Dejé de prestarle atención a Donovan y a su grupo, y caminamos hacia la barra para tomar nuestra comida. Gracias al cielo, no habíamos tardado con aquello, ya que la mayoría de los alumnos se encontraban sentados. Al terminar, fuimos hacia una mesa lo más alejada posible de los demás, aunque, con tantos alumnos, tener un poco de privacidad mientras comíamos era imposible.

—Y ¿de dónde vienes? —preguntó Criss con curiosidad, pasando a preguntas más personales después de haberme llenado con otras impersonales.

—Chicago —contesté—. Nos tuvimos que mudar, dado que mi hermana ahora trabajará en el hospital de la ciudad.

—Oh... ¿En serio? Mi padre es pediatra y trabaja allí.

—Qué coincidencia.

Ambas sonreímos y seguimos comiendo. Me agradaba mucho Criss. Era tan alegre, sencilla, y yo no paraba de reír con sus ocurrencias. Tenía una personalidad chispeante, se llevaba bien con todo el mundo. Era un alivio haberla encontrado en mi clase de Química. Haber tenido a alguien tan pronto el primer día sí que había sido suerte. Con ella, había podido entenderme perfectamente bien.

De pronto, vi que se quedó callada a la vez que abría la boca a causa de la sorpresa y con la mirada fija sobre algo o alguien detrás de mi espalda.

—¿Qué ocurre? —le cuestioné, preocupada.

No fue necesario que respondiera: en segundos nos vimos rodeadas por cuatro chicos... y por Donovan, quien tomó una silla para sentarse a mi lado con sus brazos apoyados sobre el respaldo. Dos de sus amigos se acomodaron al lado de Criss; otro más, a mi derecha; y uno más se quedó de pie, sin dejar de sonreír.

Apreté los labios y traté de ponerme de pie; sin embargo, Donovan sujetó mi brazo con fuerza hasta el punto de causarme daño. Me quejé y me vi obligada a permanecer en el mismo lugar. Teníamos las miradas de todos y cada uno de los estudiantes sobre nosotros.

—Suéltame —espeté entre dientes.

Su toque quemaba. Su piel era cálida, demasiado a mi parecer, y provocó un estremecimiento en mi cuerpo, un cosquilleo que me recorrió entera para terminar instalándose en la boca de mi estómago, causando confusión en mí.

—No lo haré. He decidido que, desde ahora, me divertiré contigo. Serás mía —me informó de lo más casual.

Me reí en su cara. De verdad este chico debía de estar loco. Era tan infantil.

¿Qué clase de broma era esta?

—Púdrete, idiota —escupí con enojo.

Me solté bruscamente de su agarre y, entonces él se puso de pie. Arrastró la silla contra el suelo e hizo un ruido estridente que me molestó.

—¡Ey! —gritó y lo miré nerviosa. La atención de todos se posaba sobre él; la mayoría dejó de comer y se quedó callado—. Les lanzaré una advertencia —agregó con un tono de voz que me recordó al de un general o algo parecido, a alguien que tenía poder y voz de mando—. Kairi Baker —mencionó señalándome— es mía, y cualquiera que intente poner sus ojos sobre ella se las verá conmigo.

Abrí la boca por el asombro; Criss estaba igual o más sorprendida que yo.

Simplemente no podía creer ni asimilar lo que Donovan decía.

—¿Te has vuelto loco!? —grité poniéndome de pie.

Él sonreía con una tranquilidad perturbadora en su estúpido y hermoso rostro.

—Te lo advertí, Kairi —espetó despectivo.

—Yo no voy a ser tu jodido juguete, imbécil —le hice saber, segura.

Sin pensar en las consecuencias que aquello me traería, levanté mi mano y, con toda la fuerza que pude, la estampé contra su mejilla. Debía ponerle un alto desde ese instante; si no, jamás podría quitármelo de encima. Si te dejas doblegar por cualquiera, siempre te pisotearán.

Se escuchó un gran y profundo jadeo de todos los estudiantes. Los ojos de Donovan relucieron llenos de furia; su cuerpo temblaba; su mandíbula se contraía; y sus manos se hacían puño, acción que

marcaba todos los músculos de sus brazos —los que me parecían muy notorios y definidos para un simple adolescente—.

—Donovan —lo llamó uno de sus amigos en un tono de voz que tenía la intención de tranquilizarlo.

Él, por el contrario, parecía no escucharlo. Sus ojos estaban puestos sobre mí, atravesándome como filosas dagas. Debía confesar que un miedo me había inundado al ver su mirada que, de alguna manera, me había resultado aterradora. Se acercó de forma peligrosa; pero, antes de siquiera tocarme, una voz lo detuvo.

—Jóvenes, ¿qué está pasando aquí?

Ambos miramos al prefecto del colegio.

—Nada —respondimos ambos al unísono.

—Pues tal parece que están dando un espectáculo a todo el alumnado. Háganme el favor de ir a la Dirección.

Apreté los labios y maldije por lo bajo. Le dediqué una sonrisa tensa a Criss y salí sintiendo las miradas de todos puestas sobre mí nuevamente. Maldita sea, mi primer día y ya estaba metida en problemas gracias a Donovan. Y, para mi desgracia, estaba segura de que sería el primero de muchos.





CAPÍTULO 3

Salí del colegio hecha una furia. Por culpa de Donovan, me habían suspendido ese día. ¡Demonios! Lo detestaba, aunque al menos también lo habían suspendido a él. Ojalá lo hubieran expulsado permanentemente por ser un reverendo idiota.

—Puedo llevarte si quieres —exclamó esa voz burlona a mis espaldas.

Detuve abruptamente mi caminar y di la vuelta para enfrentarlo. Donovan venía caminando detrás de mí, viéndose tan atractivo. Infeliz.

—Ni en tus mejores sueños —espeté—. Y te agradecería que dejaras de dirigirme la palabra, como si tú y yo fuéramos algo. Porque, créeme, te detesto, igual que tú a mí.

Una risa seca escapó de su garganta; se acercó hasta donde estaba y me miró desde arriba. Vaya que era alto.

—¿Acaso crees que lo de la cafetería fue una broma? —Tragué saliva—. Porque no lo fue. Toda tú tiene una marca que dice: «Propiedad de Donovan Black».

—No soy un jodido mueble, idiota —repuse. ¿Quién demonios se creía?—. Y más te vale dejarme tranquila, porque no me importaría romperte la cara.

Su risa de verdad que fue fuerte esta vez. Reía como si acabara de escuchar el chiste más gracioso del mundo. La indignación llegó a mí. Yo no bromeaba. Sabía defensa personal gracias a mi padre que se encargó de enseñar a sus hijas a defenderse, como si de alguna manera él supiera que pronto no estaría con nosotras y necesitara dejarnos al menos algo que pudiese ayudarnos, además de su pequeña herencia.

—Espero ansioso el que lo hagas —rio—. Es más... —Sujetó mis manos con fuerza—. Pagaría por ver cómo estas delicadas manos me rompen la cara.

Me solté con brusquedad y di la vuelta para alejarme de él. Lo ignoraría. Eso hace enfurecer más a las personas que tratan de herirte.

—¡Hasta mañana, Kairi! —gritó a mis espaldas—. O tal vez no... —murmuró.

Me estremecí al escuchar eso último. No comprendía la razón por la cual Donovan me causaba escalofríos. Era ridículo; solo era un chico idiota con aires de grandeza al que obviamente no le habían sido enseñados buenos modales. Sin embargo, había algo en él, en la forma en que se comportaba, en cómo había lucido cuando lo había abofeteado. Era como si algo bestial fuera a salir dentro de él en cualquier momento.

Negué y reacomodé mi mochila sobre mi hombro derecho. Me coloqué mis audífonos, escucharía un poco de música mientras hacía el recorrido a casa. Menudo primer día.

Esperaba que mañana fuese mejor, aunque con Donovan a mi alrededor dudaba mucho de que pudiese serlo. Quizá podría cambiarme de colegio, pero yo no era de las personas que se acobardaban. Ya se le pasaría su maldito capricho conmigo.

Suspiré y subí el volumen, disfrutando de la caminata mañanera que me habían obligado a hacer.

Mientras caminaba por la acera, observaba a las personas, los negocios, los autos, detalles que quería aprender y así sentirme un poco más familiarizada con este lugar. Aunque jamás dejaría de extrañar Chicago, deseaba volver allá. Mas no podía ser de ese modo, así que me esforcé por ver este lugar como mi hogar y, también, sentirme parte de él.

Negué y me apresuré a llegar a casa. Arribé a ella en menos de veinte minutos, entré, arrojé la mochila contra el sillón y fui hacia la cocina por un vaso de agua. Lo serví y repentinamente mis ojos se dirigieron a la ventana. El bosque se alzaba de manera tenebrosa, viéndose aterrador, pero de alguna manera atrayente. Cientos y cientos de altos árboles lo conformaban; sus ramas frondosas tupidas de hojas, que se oscilaban con el suave viento, desprendían una sensación tranquilizadora.

«Me gustaría caminar por ahí», pensé.

Sacudí mi cabeza y subí a mi habitación. Abrí la ventana para permitir que el viento entrara y moviera las cortinas de un lado a otro. Las tomé y las aparté, recorriendo con mis ojos el espeso verde que me rodeaba. Era irreal observar tan hermosa belleza.

Me quité mis botas y me recosté sobre la cama sin quitarme los audífonos. Cerré mis ojos y el rostro de Donovan llegó involuntariamente a mi cabeza. Los abrí de golpe. No debía de estar pensando en él.

Desafortunadamente, mi cerebro tenía otros planes y seguía manteniendo su recuerdo fresco en mi memoria. Si no fuera tan idiota, probablemente estaría babeando por él.

Sonreí por las estupideces que pensaba y, minutos después, me quedé profundamente dormida.

Me senté de golpe sobre la cama, aturdida debido al sonido incesante de mi móvil. Lo tomé y tenía cinco llamadas perdidas de Maddy. Segundos después su fotografía volvió aparecer en la pantalla. Respondí y luego me dejé caer de nuevo sobre la cama con el móvil pegado a mi oído, y un leve mareo me atacó debido a la forma repentina en que desperté.

—¿Qué sucede? —pregunté con voz adormilada.

—¿Por qué no respondías? Pensé que algo pudo haberte ocurrido —cuestionó preocupada.

—Estaba dormida, lo siento.

—De acuerdo. Te llamaba para decirte que haré guardia esta noche.

Me mantuve en silencio. No me agradaba la idea de pasar sola la primera noche en aquel sitio.

—Oh... No te preocupes, estaré bien —la tranquilicé.

—¿Segura? De verdad lo lamento, Kairi, pero así es mi trabajo.

—Lo entiendo. Tranquila, Maddy.

—Bien. Cualquier cosa, llámame o llama al hospital. Tienes el número, ¿cierto?

Sonreí ante la desesperación de su voz.

—Sí, lo tengo. Controla tus nervios; no quiero que mates a alguien por cambiar algún medicamento.

Una risa ansiosa se escuchó detrás de la línea.

—Lo intentaré. Te quiero, pequeña.

—Yo también.

Terminé la llamada y me quedé mirando el techo unos segundos, hasta que mi estómago protestó. Ni siquiera había terminado mi almuerzo cuando Donovan interrumpió.

«Y ahí vas de nuevo», me reprochó mi subconsciente por traer su nombre a mi cabeza.

Solté un bufido y fui a la ventana para cerrarla. El frío comenzaba a calar en mis huesos y eso se debía a que ya era tarde. No faltaba mucho para el anochecer; el sol ya se encontraba regresando a la penumbra.

Solté un bostezo y me dirigí a la cocina para prepararme un bocadillo y mantener a mi estómago tranquilo.

Conforme caminaba, encendía las luces amarillentas que iluminaban tenuemente la casa. Los escalones crujían demasiado bajo mis pies debido al desgaste de los años. La casa no era muy vieja, pero tampoco había sido construida hace poco.

Entré a la cocina y busqué algo en la nevera, pero nada me agradaba. Así que simplemente tomé la leche, luego cereal y lo vertí todo dentro de un plato hondo.

Al terminar dejé todo como estaba, tomé una manta del sillón y fui hacia la parte trasera de la casa en donde se encontraba un bonito corredor de madera, también una mecedora en donde cabían al menos cuatro personas. Me senté sobre ella con el plato en una mano mientras me cubría con la manta. Comencé a comer disfrutando de la vista, veía cómo el sol se ocultaba poco a poco detrás del extenso bosque. Daba la impresión de que este lo engullía, para abrirle paso a la oscuridad que reinaría por horas.

Divisé la gran cerca que nos separaba del bosque. Probablemente, me preocuparía por un oso o algo por el estilo si no estuviera ahí.

Me mantuve comiendo hasta que terminé el cereal, pero de pronto un aullido hizo que diera un respingo, lo que provocó que el plato resbalara de mis manos y fuera a dar directo al suelo hasta hacer un sonido molesto. El aullido fue aterrador y profundo. Miré en todas las direcciones, a la espera de encontrarme con el dueño de aquel desgarrador sonido, y sin encontrarme nada. Permanecí quieta, contuve la respiración. Para mi desgracia, pude

escucharlo de nuevo, pero esta vez acompañado de un gruñido gutural que hizo que mi piel se erizara por completo.

No había pensado en que habría lobos en el bosque. Tal vez osos o ciervos, qué sabía yo. Asustada de que ese lobo decidiera acercarse, me incorporé y recogí el plato con prisa.

Sin embargo, al levantar la vista, me fui de bruces contra el suelo por la impresión al ver un lobo frente a mí. «Demonios».

De verdad que no parecía un animal común y corriente. Era enorme, al menos de un metro de altura o quizá más, realmente irreal. Se cubría de un color negro que seguramente por la noche no habría sido fácil de ver si no fuera por aquellos ojos brillantes de color ámbar, los cuales no me perdían de vista. Podía apreciar mi reflejo en ellos, tan nítido como el terror que se desbocó en mi interior.

Se movió a paso lento directamente hacia mí; sus pisadas eran fuertes y resonaban como un eco espeluznante en mis oídos. Con paso tras paso, me obligó a permanecer congelada del miedo. Cada pisada lo acercaba al manojito de nervios y pánico que era mi cuerpo y, posiblemente, su proximidad significaba una muerte inminente para mí.

De soslayo aprecié la puerta, pero era inútil correr hacia ella, dado que tenía que pasar por un lado de él y no creía que fuera más rápida que esos colmillos que se dejaban entrever tras su hocico. Colmillos filosos, largos, mortales. Una simple mordida y estaría muerta.

Retrocedí sin ponerme de pie, apreté en mi mano el plato. Quizá podría hacer la diferencia si lo golpeaba. «Pero ¿qué estupideces pienso? Por supuesto que no voy a hacerle daño a un lobo de más de un metro con un estúpido plato de cristal».

—¡Dios! —grité cuando me gruñó con fuerza y luego su enorme pata fue a dar a mi pecho.

El aire escapó de mis pulmones por la impresión y también a causa de la fuerza aplicada. Caí de espaldas contra el suelo y golpeé mi cabeza en el proceso. No me moví, no respiré. Todo se detenía a mi alrededor mientras sus ojos amarillos me escudriñaban, me miraban de tal manera que parecían poder entenderme, y también veía en ellos un poco de diversión. Dios, ¿qué estaba mal conmigo? Un jodido lobo no sabía de diversión.

—Por favor —susurré a quien fuera. De verdad que no quería morir bajo las garras y los colmillos de este animal.

Apreté mis labios y cerré los ojos con fuerza cuando su nariz se deslizó por mi mejilla olfateándome hasta llegar a mi cuello. Su nariz estaba caliente; él desprendía calor y, sin embargo, escalofríos recorrieron mi cuerpo al percibir su aliento. No lo sentía como un animal, de verdad que no entendía la razón para que fuera así. Probablemente se debía a su tamaño, a la manera en que apareció, en cómo jugaba conmigo, observándome como si me comprendiera.

Pude respirar cuando su pata se alejó de mi pecho, pero nuevamente me vi gritando cuando sus garras lo atravesaron. Rompió mi blusa y dejó al descubierto mi sostén. Gruñó y en segundos tuvo su lengua recorriendo mi abdomen. Me llené de asco y miedo. Tal parecía que el maldito probaba su comida, jugaba con ella antes de dar el último golpe, que deseaba que fuera rápido y certero.

Mierda. Tenía que hacer algo; no podía morir así. Joder, no. Así que, en un momento de valentía, sostuve con fuerza el plato para luego estamparlo contra su cabeza lo más fuerte que pude.

Él se alejó lo suficiente y emitió un ligero gruñido; me levanté del suelo rápidamente y corrí hasta la puerta. Otro gruñido me hizo temblar, pero me sentí a salvo cuando entré a la casa, incluso cuando no debería ser así. Él bien podría romper la puerta.

Lo observé a través de la puerta de madera. Él se mantenía quieto, observándome con intensidad. No sabía el motivo, pero estaba muy segura de que me había permitido escapar. Habría podido comerme en cualquier momento, no obstante, desistió. Me lanzó un gruñido, como si fuera un tipo de advertencia, y luego sin más dio la vuelta, corrió y se perdió en la oscuridad del bosque.



CAPÍTULO 4

A la mañana siguiente desperté temprano. Maddy se encontraba durmiendo, así que no la molestaría. Caminaba por la habitación con mi ropa en la mano, atisé mi reflejo en el espejo de cuerpo completo que tenía en la habitación. Mis labios se surcaron en una mueca al ver aquellas garras del lobo que atravesaban mi abdomen. Eran unas líneas rojizas muy poco profundas —gracias al cielo—, pero igualmente notorias. Era como si él hubiese sido cuidadoso para no atravesarme la piel con profundidad, porque pudo haberlo hecho sin ningún problema. Su fuerza había sido tremenda, y bien había podido quedar hecha nada bajo sus garras.

Sin embargo, por una extraña e ilógica razón que yo desconocía, aquel animal se había detenido, había luchado contra sus instintos, y me había dejado con vida y con demasiadas dudas —que no podría resolver— en mi cabeza. Resultaba increíble que aquello me hubiera sucedido a mí, y me encontraba absolutamente segura de que nadie se tragaría una sola palabra de lo ocurrido. La mejor decisión que había podido tomar había sido mantenerme callada acerca de ese incidente, que esperaba que no volviera a pasar.

Me vestí, colocándome unos *jeans* ajustados y una blusa de manga larga en color crema y una chaqueta en color café. Me calcé mis botas negras y dejé suelto mi cabello. Tomé mi mochila colocándola sobre mi hombro, y salí de mi habitación rumbo a la calle. Al poner un pie afuera, el viento fresco golpeó mi rostro de manera seca, deslizándose sutilmente entre mi ropa. Me estremecí un poco; ese día había amanecido más frío de lo normal.

Coloqué mis audífonos y comencé el recorrido hacia el colegio de manera ansiosa, con los nervios que me dominaban a cada paso que daba. No sabía lo que me esperaba aquel día, solo deseaba con todas mis fuerzas que Donovan dejara de meterse conmigo. De soslayo observé el bosque. Una mala idea, puesto que el recuerdo del lobo abordó a mi memoria. Tragué de manera seca, agradeciendo a quien fuera que me había protegido y que se había apiadado de mí para no terminar siendo desgarrada bajo los colmillos de aquel enorme animal.

Tan solo imaginar una muerte así me llenaba de terror. Tendría que tener más cuidado cuando saliera de casa y mantener cerradas las puertas siempre.

«Como si eso pudiera detenerlo».

Sin darme cuenta, llegué al colegio más rápido de lo normal. Los alumnos apenas comenzaban a llegar, desafortunadamente, Donovan ya se encontraba allí, apoyado sobre un hermoso auto deportivo en color negro. Maldita sea. «Debe estar podrido en dinero».

Había un grupo de cuatro chicas alrededor de él, mientras que su brazo se encontraba alrededor de los hombros de una de ellas. En ese instante no me tragaba el cuento de que el idiota no se acostaba con nadie.

Lancé un largo suspiro. Me sentí extrañamente contenta de verlo ocupado con esas chicas, así no lo tendría molestándome todo el tiempo.

—Señorita Baker, buenos días. —Escuché una voz a mis espaldas—. Veo que esta vez madrugó.

—Buenos días, profesor —saludé disminuyendo mis pasos para esperarlo.

Él me sonrió amablemente mostrándome una hilera de perfectos dientes blancos impecables.

—La espero en mi clase —dijo sin dejar de sonreír—. Y trate de no llegar tarde; ya que no seré tan condescendiente otra vez. —Me guiñó un ojo.

Permanecí embelesada, escudriñándolo de pies a cabeza.

—Deberías dejar de comerte al profesor con la mirada —dijo una voz cortante a mi espalda.

Cerré los ojos inhalando profundamente en un intento por tranquilizarme.

—Lo que haga o deje de hacer no es asunto tuyo —espeté.

Sus manos me sujetaron desde atrás de manera sorpresiva. Me quejé en tono audible a causa del roce de sus manos que hacían presión en mi piel, puesto que las casi visibles heridas que el lobo me había hecho ardían.

—Suéltame, Donovan —ordené dando la vuelta. Grave error.

Inevitablemente mi rostro quedó muy cerca del suyo. Su aroma —que no me había detenido antes a disfrutar— se coló por mi nariz y cautivó enseguida mis sentidos. Olía a bosque, a húmedo, como el olor de la tierra mojada con un toque de loción cara y varonil que no hacía más que aumentar en mí la atracción que desgraciadamente sentía hacia él. Su aliento se mezcló con el mío, fresco y cautivador. Apoyé las manos sobre su pecho en un intento por mantener una distancia entre nuestros cuerpos, que

difícilmente pude lograr del todo, ya que él me presionó con más ímpetu contra su complexión dura y cálida, muy cálida.

—No voy a soltarte. Eres mía —dijo sin burla alguna en su voz.

De nuevo ese maldito escalofrío recorrió mi espina dorsal, y aumentó sobremanera al sentir el toque de sus labios contra mi cuello y su nariz que lo acariciaba de arriba abajo. El recuerdo del lobo hizo su aparición nuevamente en mi memoria. Él me había hecho lo mismo que Donovan se encontraba realizando en ese momento. Fuera uno a saber por qué mi mente los relacionaba.

Reaccioné y con fuerza lo empujé lejos de mí. Mi pecho subía y bajaba con rapidez.

Sus besos habían tenido efecto en mí, pero eso era algo que ni loca le haría saber.

—No vuelvas a ponerme una mano encima, Donovan. Te lo advierto; ya basta.

Él sonrió de lado.

—Tú a mí no me adviertes nada —repuso—. Esto se terminará cuando yo lo decida. Y tú, pequeña, Kairi, no puedes hacer nada al respecto.

Quería gritar de impotencia. Demonios, ¿qué había hecho para tener a Donovan Black como mi jodido karma personal?



Más tarde me encontraba vistiéndome para la clase de gimnasia. Una de mis favoritas, dado que disfrutaba mucho hacer ejercicio. Los vestidores estaban repletos de chicas que murmuraban y reían mientras hacían lo mismo que yo. Desafortunadamente, Criss no compartía esta clase conmigo, así que me encontraba sola, sin dirigirle la palabra a nadie. Precisamente ese día no tenía ánimos

para socializar debido a que Donovan acababa con mi buen humor, aunque me esforzara para evitar a toda costa que me afectara.

Recogí mi cabello y salí hacia el gimnasio con otras chicas detrás de mí y otras al frente. No me gustaba mucho el uniforme: era un simple *short* demasiado entallado y corto; dejaba al descubierto mis pálidas piernas y lo detestaba. Por lo regular, siempre usaba *jeans*. Las únicas veces que me enfundaba en vestidos era para algún evento especial, para alguna cena, o algo parecido.

Llegué al gimnasio y comenzamos con la clase jugando distintos deportes. Estos me ayudaban a aliviar la tensión de mi cuerpo cada vez que golpeaba el balón con mis piernas o con mis manos.

Recibía miradas hostiles de las mismas chicas que babeaban por Donovan, pero las ignoraba completamente. Hasta que una de ellas me golpeó directo en mi espalda con el balón e hizo que el aire saliera de mi cuerpo repentinamente.

—Lo siento —se disculpó con su voz chillona e hipócrita.

Le sonreí y tomé el balón para acercarme a ella. Cuando tuve la distancia deseada, se lo arrojé con mis manos tan fuerte que trastabilló y fue a dar de bruces al suelo. Reí y ella me lanzó una mirada asesina que poco o nada me amedrentó. Después de ese pequeño altercado, nadie más se atrevió a molestarme al darse cuenta de que no era alguien que se dejaría intimidar. Qué bueno que lo tuvieran claro.

Al terminar la clase, regresamos a los vestidores. Esperé a que la mayoría de mis compañeras salieran para poder ducharme con más privacidad. Aunque estaba sudorosa, y eso me molestaba, pero, en fin.

Cuando quedaron solo unas pocas de ellas, me desnudé y duché lo más rápido que pude, y me terminé demorando diez minutos. Al salir envolví mi cuerpo en una toalla, comencé a vestirme y, cuando solo me faltaba colocarme la blusa, escuché

que la puerta era abierta. Di la vuelta y me tensé al ver a Donovan apoyado contra ella, completamente tranquilo.

—¿Qué demonios haces aquí? —espeté cubriendo mi cuerpo—. Sal ahora mismo, Donovan.

No me escuchó; lo que hizo fue acercarse a mí. Rápidamente me coloqué la blusa, pero de nada servía: él ya había visto suficiente. Retrocedí al tiempo que él se acercaba más, hasta que no tuve a dónde ir, quedando acorralada entre sus brazos y la pared. Incomprensible era lo que me sucedía con él. Me había quedado hipnotizada observando sus ojos que, por un instante, me atemorizaron. Con su cuerpo, presionó el mío, restringiéndome el movimiento.

Traté de controlar mi respiración, que comenzaba acelerarse debido a su cercanía.

—Quítate —susurré.

—Eso no sonó muy convincente —replicó acariciando mi mejilla con su nariz.

Joder, no sabía por qué sentía tanto calor al tenerlo cerca. Mi cuerpo ardía, y no me gustaba en lo absoluto que él provocara eso ni cualquier mínima reacción en mí.

—Sal de aquí si no quieres meterte en problemas —amenacé.

—Siempre estoy metido en problemas, así que uno más no tendría demasiada importancia.

Giré mi rostro en un intento de alejar mis labios de los suyos. Cerré los ojos un momento y luego, tras rendir las fuerzas que poseía, lo empujé tratando inútilmente de salir de entre sus brazos. Era tan malditamente fuerte que ni siquiera pude moverlo un solo centímetro. Él sonrió y tomó mis brazos para colocarlos por detrás de mi espalda. Adelantándose a mis pensamientos, su pierna se posicionó en medio de las mías, y así impidió que pudiera golpear su entrepierna. Chico listo.

—Basta, Donovan —me quejé mientras forcejeaba.

—Te dije que se terminará cuando yo quiera y, para tu desgracia, me estoy divirtiendo mucho contigo.

—Bien, tú te lo buscaste.

No podía golpearlo, pero podía gritar. Alguien tenía que escucharme.

—¡Auxilio!

Él rio.

—¿Es en serio? ¿Eso es lo mejor que puedes hacer?

Lo miré furiosa. No era como si pudiera hacer algo más estando aprisionada por un chico con el doble de tamaño y peso que yo.

—Ya te enseñaré, jodido idiota.

Comencé a retorcerme con fuerza, poniéndole las cosas un poco difíciles. Solo necesitaba liberarme un poco para enseñarle lo que papá me había dejado. No obstante, quedé impactada cuando tuve sus labios sobre los míos.

Oh, no. Esto no podía estar pasando.

Donovan Black me besaba.

Su boca era muy cálida y su aliento, tan fresco. Combinación extraña, como lo era todo en él. Apreté mis labios para no permitir que siguiera besándome; entonces, su agarre en mi mentón se intensificó. Como consecuencia, me fue imposible mantener mis labios así por más tiempo, y maldita sea que los suyos sabían tan bien. Eran insistentes, moviéndose con furia sobre los míos, dominando por completo, tomando el poder. Era un beso tan... posesivo.

No muy en contra de mi voluntad, respondí de la misma manera, sin dejarme dominar completamente por él, mostrándole que yo también podía tener poder y que no sería fácil que pudiera obligarme a cumplir su voluntad.

Mi corazón estaba tan acelerado que se escuchaba perfectamente entre nosotros —o, al menos, así lo percibía yo—,

al igual que nuestras respiraciones que iban en aumento con cada segundo que transcurría. Nuestros alientos se mezclaban; su cuerpo se curvaba contra el mío; encajaban a la perfección. Necesitaba detenerlo, parar esto. Estaba yendo muy lejos. Permitía que despertara cosas en mí, y eso no era para nada bueno.

Me alejé un poco de él; era tiempo de detenerlo. Mis muñecas dolían y mis labios ardían debido al roce de los suyos. Debían estar hinchados y mi rostro sonrojado por el calor que recorría mi cuerpo, sin que pudiera hacer algo para controlarlo.

—Ves que es más fácil cuando te rindes ante mí. Estaré detrás de ti siempre.

Sonreí sin gracia, levanté mi mano y la estampé en su mejilla con fuerza. Lo dejé pasmado, lo cual aproveché para tomar mis cosas y salir corriendo de ahí; pero su voz me detuvo antes de que pusiera un pie afuera.

—Espero que lo hayas disfrutado, porque te saldrá muy caro el haberme golpeado.

Apreté mis manos, conteniéndome. Iba a responderle, pero preferí quedarme callada y salir con prisa hacia mi siguiente clase. Caminé, sintiendo su mirada sobre mi espalda, me volteé a verlo y me llené de miedo. Había algo en él, algo bestial y oscuro que no había notado antes, pero que ahora era visible, como si hubiera puesto todo su empeño en mantener oculta esa faceta. Sin embargo, justo en ese instante me permitía verla para atemorizarme más de lo que ya lo había hecho.

Su mirada se tornó oscura y una sonrisa de lado —que distaba mucho de ser amable— apareció en su rostro. Luego dio la vuelta y siguió su camino, dejándome paralizada ante aquel cambio que no hizo más que aumentar mis nervios.

¿En qué me estaba metiendo?



CAPÍTULO 5

Trataba de concentrarme, de mantener mi mente ocupada en lo que el profesor explicaba, pero sencillamente me era complicado el hacerlo.

La sensación que había experimentado al tener sus labios sobre los míos seguía ahí, provocándome un cosquilleo que no se iba con nada. Percibía aún nuestros alientos que se mezclaban, sus manos que presionaban las mías tan firmemente, como si no quisiera soltarme y buscara aferrarse a mí. Había sido un beso único, un beso que nunca antes había recibido, y vaya que había besado más de un par de bocas. Donovan era diferente. Creía que sería el típico chico popular, musculoso y carente de neuronas; pero me había equivocado. Él encerraba secretos que me hallaba ávida por descubrir.

Solté un bufido, exasperada.

Si antes no había podido lograr sacármelo de la cabeza, mucho menos podría hacerlo luego de que me había besado. Era inútil dejar de pensar en él. Aunque fuera un idiota, admitía que era un idiota muy lindo.

—Kairi —susurró mi nombre Criss, entre dientes.

—¿Sí? —contesté, aún con la mente perdida en aquellos labios.

—Derek no te quita la mirada de encima. Regresa de dondequiera que estés y pon atención —soltó un bufido—. Sé que la clase es aburrida, pero al menos disimula un poco.

Me fue inevitable no reír y, para mi desgracia, Derek se dio cuenta. Clavó su penetrante mirada en mí, haciéndome sentir pequeña por unos segundos.

—Veo que algo le causa mucha gracia, señorita Baker.

Hice una mueca y mis ojos se encontraron con los suyos.

—Para nada, profesor —susurré.

Entornó los ojos y sonrió de lado, regalándome una perfecta sonrisa. Me dedicó una última mirada, omitió mi falta de atención y siguió dando la clase. Suspiré aliviada y Criss sonrió de manera cómplice mientras él anotaba la tarea en la pizarra, la cual era muy difícil. Por eso odiaba esa jodida materia y, como una broma de mal gusto del destino, la tenía por tres días consecutivos. Por lo menos, me libraría de ella a partir del jueves.

Al finalizar, todos nos pusimos de pie para ir directo al almuerzo. Salimos con prisa hacia el comedor, ansiosos por desaparecer de aquella clase. Al parecer, a nadie le agradaba.

—Señorita Baker —me detuvo la voz de Derek antes de que pudiera irme.

—¿Sí? —dije volviéndome para mirarlo.

—Necesito hablarle.

Solté un suspiro resignada y miré a Criss que me esperaba en el pasillo con gesto ansioso.

—Ahora te alcanzo.

Ella asintió y se dirigió al comedor.

Volví con el profesor y me coloqué frente a él, mirándolo con cautela, esperando que hablara, disimulando difícilmente la atracción que sentía hacia él.

—He notado que mi clase la aburre demasiado —comenzó a hablar.

—No entiendo qué fue lo que lo hizo llegar a esa conclusión si apenas es mi segunda clase con usted —repuse cruzándome de brazos.

Él apoyó su cuerpo en el respaldo de la silla y me imitó.

—Bueno, basta con ver cómo su mirada se pierde en algún punto fijo de la pared que, al parecer, es más interesante que lo que yo explico —espetó bruscamente.

Solté un bufido.

—En fin, ¿a qué viene todo esto? —pregunté ansiosa.

Él se levantó del asiento y comenzó a guardar sus cosas en su maletín.

—Solo quería lanzarle una advertencia —agregó mirándome fijamente—. No soy de los que toleran esas faltas de respeto, así que para la próxima la sacaré de mi clase, ¿entendido?

Mi ceño se frunció e hice una mueca. Dejé caer los brazos a cada lado de mis costados.

—Bien, no volverá a suceder —declaré dirigiéndome a la puerta.

Entonces, sin previo aviso, su mano sujetó mi brazo con firmeza. Me volví a verlo, sorprendida por su reacción, mientras que sus ojos, a los que no había puesto demasiada atención, me escudriñaban a la vez que yo hacía lo mismo.

—¿Se le olvidó decirme algo más? —questioné, un poco nerviosa por su contacto.

Lució indeciso sobre decirme algo. Sus pupilas azules bailoteaban de un lado a otro por el contorno de mi rostro, pero al final solamente negó y me soltó para salir del aula rápidamente. Permanecí un instante ahí, confundida y abrumada por la actitud tan extraña que tenía, después abrí la puerta y salí rápidamente

del aula. Sin embargo, no había podido avanzar mucho, ya que de nuevo alguien me detuvo.

Supe de quién se trataba al reconocer la calidez de su piel y el aroma que emanaba.

—¿Qué quieres, Donovan? —indagué sin mirarlo.

—¿Qué demonios se trae ese profesor contigo? —inquirió.

Lo enfrenté.

—¿Y eso a ti qué te importa? —repliqué soltándome de su agarre con brusquedad.

Su mano fue a mi cintura y, sin ser demasiado violento, me presionó contra la pared.

—Ten cuidado donde posas tus ojos —susurró suavemente sobre mi boca—. Recuerda que tienes un dueño, uno al que no le gusta compartir. Mucho menos le agrada que otros toquen lo que es suyo.

—Yo no soy tuya. Déjate ya de esas tonterías. Madura un poco, tu actitud machista me desagrada —lo reprendí, exasperada.

Se apartó de mí y tomó mi mano con la suya con fuerza. Intenté forcejearlo, pero suficiente tenía con la mayoría de las miradas de los estudiantes sobre nosotros como para armar una pelea con Donovan y darles más espectáculo, si es que eso fuera posible. Además, que no quería ser suspendida de nuevo.

—Suéltame —le exigí entre dientes.

—No lo haré, así que no gastes energías y haz lo que te digo —me sugirió al tiempo que arrastraba mi cuerpo hacia los comedores que, como siempre, se hallaba repleto de estudiantes que nos miraban y murmuraban cosas a las que puse todo mi empeño para no prestar atención.

Entretanto, Donovan se dirigió conmigo hasta la mesa donde se encontraban todos sus amigos y Criss, que se mantenía en medio de dos de ellos a la vez que uno la abrazaba por los hombros. Veía la incomodidad en sus ojos, pero no era mala, sino

más bien una por nerviosismo. Sus mejillas estaban sonrojadas; miraba sus manos e intentaba ocultar su rostro con la capucha de su sudadera de aquella banda de *rock* de la cual era fanática.

Donovan me hizo sentar y luego él lo hizo a mi lado. Para mi sorpresa, frente a mí se encontraba una bandeja con comida, una que no pensaba tocar, al menos no en compañía del troglodita que tenía a un lado.

—Basta de esto —dije en voz baja—. No quiero sentarme contigo. Lo que deseo es estar a más de cien metros de distancia de ti.

—Lamento no poder complacerte. Ahora, come —me ordenó, como si fuese mi padre. ¿Quién demonios se creía este patán?

—No lo haré —aseveré tajante.

—Como quieras —dijo llevando un bocado de comida a su boca—. Tú eres la que pasará hambre, no yo.

Hice mis manos puño e intenté ponerme de pie. No obstante, su mano sujetó mi muslo con una fuerza que provocó que un sonido de dolor escapara de mis labios.

—No te recomiendo que lo hagas, a menos que quieras ser suspendida de nuevo.

—Lo único que tú me traes son problemas —mascullé, molesta—. Con los profesores, con el colegio y con esas estúpidas niñas que babea por ti, como idiotas.

Escuché a todos soltar una carcajada. Les dediqué una mirada iracunda mientras que Criss me observaba con impotencia al ver que yo no podía quitarme a Donovan de encima.

—Vaya, Donovan, esta chica es todo un reto. No cae ante tus encantos —comentó el chico que tenía abrazada a Criss.

—No te preocupes, Max. No tardará en hacerlo, como todas —aseguró guiñándome un ojo.

Esta vez fue mi turno de reír como una completa loca.

—Dios, creo que me has contagiado tu sentido del humor. Eso no sucederá ni en tus mejores sueños —murmuré, sin dejar de reír.

Enseguida pasó su brazo sobre mis hombros atrayéndome a él; su boca fue a mi oído. Me tensé por completo y detuve mi risa de golpe.

—Cuando te tenga en mi cama gritando mi nombre, te recordaré este día, *Kiari* — susurró, sugestivo.

Mi cuerpo se estremeció ante sus palabras y por la forma en que me llamó, tergiversando mi nombre. Deslicé la saliva por mi garganta y me incorporé rápidamente, sin darle oportunidad a nada. Para mi alivio, él me permitió irme. Di la vuelta y lo observé por un momento. Sonreía con malicia, y entonces comprendí que, hiciera lo que hiciera, no iba a poder escapar de él.



—¿Qué tal tu día? —preguntó Maddy con la voz apagada.

Acababa de llegar a casa y ella estaba terminando de arreglarse para ir al trabajo. Habían cambiado su turno al de la noche, así que yo estaría durmiendo sola. Qué conveniente.

Esto no me agradaba nada, pero no había opción.

—Bien —contesté arrojando la mochila al sillón, y me dirigí a la cocina.

—Eso no sonó muy convincente. ¿Está todo bien? —me cuestionó prestándome toda su atención. Apoyé la espalda contra la encimera y solté un bufido.

—Sí. Es solo que... Demasiada tarea y todo eso —mentí e hice un gesto despectivo con la mano.

—¿Segura? Sabes que puedes hablar conmigo de todo —me recordó colocándose frente a mí y clavó sus ojos chocolate sobre los míos, los que buscaban la forma de hacerle creer mis mentiras.

No podía decirle que un chico me acosaba. Solo sería darle más preocupaciones, y suficiente tenía ya con todo lo que cargaba para añadirle mis problemas con Donovan.

—Sí, tranquila. Estoy bien, me acostumbraré —dije lo más segura posible.

—De acuerdo —aceptó, no muy convencida—. En la estufa está la comida. Te veo mañana temprano para desayunar juntas. Cualquier cosa, no dudes en llamarme.

—No te preocupes. No suelen pasar muchas cosas en este pueblo —mentí nuevamente.

Claro que pasaban. Podía tener otro encuentro con ese lobo irreal.

Pensarlo me causó escalofríos. No, no deseaba en lo absoluto tener de nuevo un encuentro con tal hermoso y espeluznante animal.

—Lo sé, y cada día me gusta más —añadió con un brillo en sus ojos que antes no había estado allí.

Entorné los ojos. Ella sonrió y negó, para luego dirigirse a la puerta y salir gritando un «Te quiero, hermana».

Sacudí mi cabeza. Tomé un plato y serví lo que sea que había dejado para comer. Después me senté en la mesa mirando hacia la nada, llevé bocado tras bocado de comida a mi boca. Tenía apetito y todo era culpa de Donovan... De nuevo.

Ese jodido adolescente me estaba cansando.

«Mientes».

Y ahí estaba de nuevo mi conciencia.

«Disfrutas tener al chico más apuesto del colegio detrás de ti».

Maldita sea, no. No lo disfrutaba en lo absoluto. Quizá, si él no fuera tan... él, lo haría.

Bloquéé cualquier pensamiento acerca de Donovan y seguí comiendo. Terminé rápidamente con lo que había dentro de plato, como consecuencia de no haberme alimentado bien en el colegio, y lo que sin duda me pasaría factura después.

Recogí mi plato y subí a mi habitación para hacer la tarea que tenía pendiente, esa vez trayendo a mi mente al profesor de Química.

Era tan extraño, y aquella plática que habíamos tenido lo había sido de igual manera. Nada de lo que me sucedía era normal, al menos no las actitudes que ellos tomaban para conmigo.

Solté una larga exhalación y comencé a terminar mis deberes. Arrojé todos los libros a la cama, además de lo que necesitaba. Coloqué algo de música en mi móvil y me perdí en las fórmulas y problemas que el *adorable* profesor nos había dejado. Las demás materias eran pan comido.

Por lo menos, la música me ayudaba a no estresarme tanto. Parecía que los profesores usaban la tarea como una especie de tortura.

Al traer esa palabra, lo único que apareció en mi mente fue el rostro de Donovan. Él, con aquella sonrisa ladeada y esa mirada maliciosa que encerraba cientos de problemas en ella; él y su bendito aroma atrayente; él y esa sensación de que encerraba cientos de secretos.

Había lidiado con muchos chicos como él en Chicago. Sin embargo, Donovan era peor que todos ellos, un jodido dolor de cabeza y, para mi desgracia, tenía el presentimiento de que eso apenas comenzaba. Aún me faltaba mucho por descubrir y quizá, cuando lo hiciera, desearía no haber llegado a ese lugar.

Negué y seguí realizando los trabajos que faltaban, lo que me llevó toda la tarde y parte de la noche y, cuando acabé, el sueño ya casi se apoderaba de mí.

—Al fin —celebré cerrando mi libro.

Me levanté de la cama, me dirigí a la ventana y apoyé las manos sobre el marco. La noche era densa, tan profunda y misteriosa, como el bosque que se alzaba majestuoso sobre mí. Lucía tenebroso, camuflado entre la oscuridad, y dejaba ver solo sombras grandes de aquellos árboles que lo conformaban y que, en aquel instante, parecían gigantes imponentes que lentamente se acercaban.

Tragué saliva y sentí miedo. Ni siquiera la luz de la luna podía alumbrar un poco, dado que se encontraba escondida por aquellas nubes oscuras que presagiaban una tormenta.

Iba a cerrar la ventana cuando un aullido me paralizó por completo. Mi corazón comenzó a acelerarse debido al miedo, más aún al escuchar cómo se rompía en la planta baja.

Cerré la ventana y, armándome de una valentía que en realidad me encontraba muy distante de tener, bajé las escaleras, no sin antes haber tomado aquel bate de béisbol de Maddy que me servía de mucho para situaciones como aquellas.

Caminé lentamente tratando de hacer el menor ruido posible, pero los escalones eran viejos y me dificultaban aquella tarea.

Todo estaba en penumbra, así que encendí la luz. Mi vista fue hacia el pasillo que daba hasta la puerta trasera, la cual estaba abierta. Maldije y recorrí con mis ojos la casa sin encontrar nada. Me dirigí a la cocina, pero escuché pasos detrás de mí. Sujeté el bate con fuerza y di la vuelta para encontrarme con un hombre vestido completamente de negro y que cubría su rostro con un pasamontaña.

Suspiré tranquila al darme cuenta de que solo era un ladrón y no aquel lobo gigante que, por un momento, había pensado que había entrado.

Detuve abruptamente las estupideces que estaba pensando. No entendía la irracionalidad de mis pensamientos. ¿Cómo

podía sentirme tranquila al saber que se trataba de un ladrón? Podía matarme, violarme, o qué sabía yo.

Reaccioné cuando lo vi lanzarse sobre mí. Por inercia, levanté el bate y lo golpeé con fuerza a la altura del hombro, pero fallé al no poder darle en la cabeza.

El hombre se quejó y soltó un gruñido molesto para luego intentar quitarme mi arma. Sin embargo, le dificulté la tarea y volví a golpearlo, esta vez en la nuca, pero tal parecía que los golpes no le afectaban en lo más mínimo. Todo lo contrario que conmigo, puesto que me daba la impresión de que me hallaba golpeando a un trozo de roca.

En un descuido, me quitó el bate y, entonces, corrí alrededor de la isla mientras él permanecía de pie, mirándome fijamente.

—No hay nada aquí de valor. Da la vuelta y lárgate —le aconsejé.

—Solo vine por una cosa —dijo con voz ronca.

—¿Qué cosa? —Retrocedí hasta llegar al cajón de los cuchillos.

No mencionó palabra alguna. Solamente levantó su brazo y me señaló.

Corrió hacia mí; abrí el cajón y tomé el primer cuchillo que mi mano pudo encontrar. Me dirigí a la puerta trasera, corriendo lo más deprisa que mis piernas me permitían, aunque no fue por mucho.

El extraño me tiró contra el suelo con su cuerpo, provocó que todo el golpe me lo llevara yo. Al menos, el suelo era de madera.

Intentó sujetar mis manos; levanté la que traía el cuchillo y lo clavé en su brazo. Soltó un grito de dolor y, entonces, me encargué de retorcer el cuchillo dentro de su carne, lo que le hizo gritar más.

Sin embargo, mis intentos por quitármelo de encima fracasaron. Él golpeó mi cabeza con su codo de una forma tan fuerte que sentí por un momento que perdería el conocimiento.

—Niña estúpida, te estoy haciendo un favor al llevarte de aquí —dijo sujetándome del cuello.

Traté de golpearlo con las manos, pero sentía que se movían en cámara lenta, sin hacerle daño alguno.

«Estoy perdida...», susurré en mi cabeza. Él me llevaría, y fuera uno a saber lo que haría conmigo.

De pronto, aquel aullido se escuchó, resonó por cada parte de la casa, con una potencia eterna que sutilmente decreció. Me estremecí de miedo, de uno de verdad. Eso se había oído muy cerca.

Dios... Eso no podía ser peor.

El ladrón parecía no ponerle demasiada atención al aullido del lobo, pero lo hizo cuando apareció en la puerta. No sabía si de verdad estaba gigante o yo lo veía de esa forma por el miedo que me invadía.

Lo vi entrar y el ladrón se puso de pie rápidamente. Para su desgracia, el lobo lo sujetó con sus colmillos del hombro y lo arrastró fuera de mi casa con una facilidad sorprendente, mientras que otro lobo más entraba y se precipitaba a donde me encontraba. Me esforcé por retroceder, pero el golpe me dolía. Aun así, me arrastré lentamente, cerrando mis ojos para no presenciar el momento en que me atacara y me hiciera lo mismo que al ladrón, quien gritaba agonizante.

—Kairi —pronunció despacio cada sílaba

Abrí mis ojos al escuchar mi nombre. Vislumbré a Max, el amigo de Donovan frente a mí. No usaba camisa, solo unos *jeans*. Se arrodilló y me tomó entre sus brazos. Busqué al lobo, pero ya no estaba allí.

—Un lobo... El ladrón... —balbuceé.

—Tranquila, no te lastimará. Estás a salvo —aseguró.

No comprendí por qué sus palabras no me habían hecho sentir que sería así. Al contrario, algo dentro de mí gritaba que me alejara de él y de todo lo que tuviera que ver con Donovan Black.



CAPÍTULO 6

—Kairi, despierta.

Abrí los ojos de golpe al escuchar esa voz. Me senté asustada sobre la cama, observando con verdadero asombro a Donovan dentro de mi habitación.

Tallé mis ojos fuertemente para comprobar que la vista no me estaba fallando, que él de verdad estaba aquí y, sobre todo, viéndose realmente preocupado por mí.

—¿Qué haces en mi casa? —espeté nada amable.

Él se encontraba cómodamente sentado a mi lado, como si fuéramos grandes amigos y tuviéramos mucha confianza; pero, sinceramente, si hubiese necesitado llamar a alguien para que me ayudara, no sería a Donovan. Ni en un millón de años.

Me aparté lo más que pude de él, quería mantener la mayor distancia que pudiera entre nosotros. Resultaba sospechoso que precisamente él hubiera aparecido allí. Mi cerebro me lanzaba un par de advertencias que, por supuesto, no pasaría por alto.

—Te atacaron. Max me llamó, y por eso vine —explicó.

Entorné los ojos.

—¿Cómo demonios es que Max se enteró de lo que sucedía?
—pregunté con desconfianza.

—Él sale a cazar al bosque. Más bien, todos lo hacemos
—respondió de una manera extraña, como si se estuviera
refiriendo a otra cosa—. Para tu buena suerte, él pasaba por aquí,
alcanzó a escuchar tus gritos.

No entendía el motivo por el cuál no me tragaba del todo sus
palabras, pero de nada me serviría insistirle en ello, dado que no
tenía pruebas para corroborar que lo que me decía era cierto o
falso. Solo me quedaba no creer en ellos; no me inspiraban ni la
más mínima confianza. ¿Quién caza de noche?

—¿Quién...? ¿Quién era la persona que me atacó? —susurré.

El semblante de Donovan se ensombreció visiblemente; tensó
la mandíbula e hizo una mueca de desagrado.

—Escapó —simplificó.

Comencé a mover mi cabeza de forma negativa; era absurdo.

—No, no pudo haber escapado de las garras de aquel lobo.

—¿Lobo? ¿De qué demonios hablas? No había ningún jodido
lobo —repuso seguro y mirándome como si estuviese loca.

Rápidamente salí de la cama, lo que provocó que me tambaleara
y casi fuera a dar de bruces contra el suelo de mi habitación, lo
que Donovan evitó. Busqué sus ojos al verme entre sus brazos,
segundos antes de tocar el suelo. Mis labios quedaron cerca de
los suyos. Su aroma me golpeó exquisitamente y su calidez me
embargó por completo.

—Debes tener cuidado —sugirió en voz baja. Me solté de su
agarre, sin querer hacerlo del todo.

—Dime qué sucedió con el lobo y con el ladrón —exigí.

Él hizo un gesto cansado.

—Ya te dije que no había ningún lobo —se mantuvo firme.

—No me vengas con esa mierda, Donovan. Yo lo vi... No estoy loca.

—Pues, por tus fachas, dudo de la veracidad de tus palabras —se mofó recorriendo con sus ojos mi cuerpo, de pies a cabeza.

Mi vista fue hacia el espejo que se encontraba detrás de Donovan. Mi cabello estaba hecho un desastre; mi blusa, cubierta de sangre y rota en algunas partes, en donde solo unos jirones cubrían mi cuerpo; además, mi cara se hallaba sucia, hecha un asco.

Bien, sí parecía una loca.

—No me cambies el tema —advertí cruzándome de brazos.

—¿Sabes qué? Hoy no es precisamente una buena noche para molestarte y soportar tus impertinencias. Ya estás bien, así que me largo.

Lo vi caminar hacia la puerta y me interpose para obstruir su paso de alguna manera, aunque era consciente de que podía quitarme de ahí en segundos.

—Hazte a un lado.

—No, no lo haré hasta que me digas qué ocurre —afirmé.

—No tengo nada que decirte porque no sé de qué hablas. Simplemente podrías darme las gracias y ya —espetó serio.

—No —insistí—. Un tipo trató de secuestrarme, un lobo de un tamaño increíble entró a mi casa y se lo llevó... Eso es demasiado, y la única persona que tengo para que aclare mis dudas eres tú.

—Te lo digo en serio, Kairi. Te equivocas de persona —dijo ansioso.

—Dime lo que sucede, maldita sea.

—Quítate o te obligaré a hacerlo, y créeme que no deseas eso.

No me amedrenté ante su amenaza, aunque quizá debería de hacerlo. Era de madrugada; me encontraba sola en casa con un chico del cuál no conocía nada y que había tomado como pasatiempo hacerme la vida imposible.

—No hasta que me digas la verdad —aseveré tajante.

Él cerró sus ojos y negó con la cabeza.

—Eres tan testaruda y estresante.

Y dicho esto, me tomó por la cintura y me tiró sobre la cama para así subir sobre mi cuerpo en un parpadeo. No pude pronunciar palabra alguna porque él plantó sus labios sobre mi boca, impidiéndome quejarme.

Moví mi cabeza de un lado a otro, intentando evadir su tan malditamente adictiva boca; pero él sujetó mi mentón, obligándome a permanecer quieta mientras trataba de dominarme.

—Te lo advertí —dijo con la respiración acelerada.

—Quítate —ordené en voz baja.

—Oblígame —susurró y me besó de nuevo, pero esta vez lo hizo despacio, invitándome a responderle. Algo que hice porque, sí, bien, era difícil resistirse a él.

Mantuve mis dedos ocupados en atrapar su suave cabello, atrayéndolo más a mis labios inconscientemente, disfrutando de sentir cómo su respiración se aceleraba, cómo sus manos se clavaban con fuerza en mi cintura, en la forma en que su cuerpo se presionaba contra el mío más y más. Soltó un gruñido y me sujetó con fuerza, dejándome sobre su cuerpo, sin abandonar mis labios en ningún momento. Mi mente no estaba trabajando en ese instante. En lo único que estaban concentrados mis cinco sentidos era en sentir la boca de Donovan, en disfrutar de su suavidad y de su sabor. Sus labios me cautivaron desde la primera vez, como si estos estuviesen hechos específicamente para volverme loca.

Donovan se sentó sobre la cama conmigo en su regazo, se alejó de mis labios y dirigió los suyos a mi cuello.

Eché mi cabeza hacia atrás, dándole mejor acceso.

—Te quiero comer, *Kiari* —susurró en mi oído.

Aquellas palabras provocaron que toda mi piel se erizara y que una sensación extraña me recorriera de pies a cabeza. Mordió mi cuello y enterró sus dedos en mi espalda; solté un gemido involuntario, apretando sus hombros en respuesta. Maldita sea que en aquel momento no me importaba que fuera él quien me besaba porque, a pesar de que dijera una y mil veces que lo detestaba, estaba muy distante de sentirlo verdaderamente. Él me atraía mucho, aunque se comportara como un idiota, y eso era un gran problema. Donovan Black significaba peligro. Sabía que tenerlo cerca me causaría muchos problemas, y también muchas lágrimas.

Salí de aquel estado de infinito éxtasis que me causaba estar entre sus brazos cuando oí el aullido de un lobo. Mi vista fue a la ventana que se encontraba abierta. Las cortinas se movían de un lado a otro por el viento, conformaban una visión siniestra del paisaje que se encontraba en el exterior.

—De nuevo ese maldito aullido que hace que mi piel se erice —susurré con la voz agitada.

Donovan se quedó serio, con la vista fija en la ventana, al igual que yo.

—Tengo que irme.

Bajé de su regazo, sintiéndome entonces un tanto avergonzada.

—No me has dicho nada, Donovan —le reproché mirándolo mientras se ponía de pie.

—No hay nada que decir, Kairi. Simplemente agradece que me importas más de lo que deberías. —Me observó—. Y creo que eso será un problema para ambos.

Sin decirme más, salió rápidamente de mi habitación. Me quedé un momento sobre mi cama, observando el lugar donde él había estado hace unos segundos. Escuché cómo se cerraba la puerta de mi casa, y entonces decidí ir a revisar todo.

Me levanté de la cama, me dirigí a la planta baja y llegué con prisa a la puerta trasera, que estaba abierta. La luz de la luna entraba iluminando el pasillo, haciendo lo mismo con el bosque; pero, aun así, no dejaba de parecer tenebroso. Permanecí en el umbral de la puerta, con la vista perdida en aquellos árboles enormes, escuchando los aullidos y gruñidos de lobos que, extrañamente, se estaban convirtiendo en una agradable costumbre.



—Kairi, se te hará tarde para ir al colegio.

Con pereza, abrí mis ojos para encontrarme con los de mi hermana. Unas visibles ojeras los surcaban, además del cansancio que gritaba cada centímetro de su rostro.

—Gracias por despertarme —dije levantándome.

—De nada. Ahora iré a dormir, que estoy agotada.

—Tranquila, ve —murmuré aún adormilada.

Salió de mi habitación. Con desgano, me dirigí al armario para arreglarme, dado que me había duchado hacía menos de tres horas. Elegí mi ropa del día, la dejé sobre la cama, fui al baño, lavé mi rostro y mis dientes, y posteriormente me vestí.

Recogí mi cabello, y entonces decidí que no era una buena idea al ver una marca roja en mi cuello. Era donde Donovan me había mordido. Instintivamente, pasé la yema de mis dedos por la zona, recordando la forma en que nos habíamos besado. Ambos habíamos hecho a un lado los conflictos y el choque de carácter que teníamos.

Solté mi cabello y maquillé un poco la marca para que no se notara demasiado. Luego tomé mi mochila y salí de casa sin desayunar.

De nuevo caminé hacia el colegio, sintiendo aquello como un espacio de tranquilidad y paz, aunque mi cabeza fuera un

caos, ya que traía a ella lo sucedido hacía unas horas. Tenía una enorme curiosidad por saber lo que había sucedido con aquel hombre que quería llevarme, con el lobo y con Max. Saber qué era lo que él y Donovan me ocultaban.

Suspiré, frustrada. A pesar de conocerlo muy poco, tenía la certeza de que ninguno de ellos me diría nada, y yo tendría que quedarme con la maldita duda, la incertidumbre y el miedo... Miedo de no saber si ese hombre volvería por mí, aunque, sinceramente lo dudaba. Sacudí mi cabeza y apresuré mi paso para llegar al colegio antes de lo normal, como lo había hecho con anterioridad. Esta vez Donovan no se encontraba en la entrada. Solamente sus amigos rodeados de aquellas chicas, a las que ahora se sumaba Criss, quien era abrazada por Max. Este último, al verme, entornó sus ojos de forma sospechosa.

Decepcionada y con un revuelo de sentimientos en mi pecho, me dirigí al aula de Química. Gracias al cielo, era el último día de la semana que tendría esa materia.

Al llegar me encontré con el profesor quien, al igual que yo, apenas iba llegando. Al verme, sonrió y advertí un sutil brillo en sus ojos que me hizo sentir desconfianza. Lo contrario a él, que siempre me miraba como si conociera todo de mí. Aquello me dejó un tanto confundida.

—Buenos días, señorita Baker —dijo con voz dulce.

—Buenos días, profesor —susurré algo abstraída.

Él mantuvo la puerta abierta para mí; pasé a su lado y me fue inevitable no percibir su colonia que olía muy bien. No era una que hubiera olido antes. Era como si él y Donovan tuvieran su propia y única marca. Y, sin dudar, me sentía más atraída por la de este último.

Entré y fui directo a mi asiento. Comenzaban a ponerme incómoda las miradas del profesor, así que decidí obviarlas y

comencé a sacar lo que necesitaba de mi mochila sin levantar la vista.

—Kairi —me llamó Criss, a quien no había visto—. Sé que debes estar pensando mal de mí, pero no estoy con Max por voluntad propia. Bueno, al menos ayer no lo estaba — se excusó, dándose cuenta de mi disgusto al verla formar parte de esas chicas que vivían jodiéndome con sus miradas desdeñosas.

—Explícate —le pedí en un susurro.

Ella no tenía que darme explicaciones y, sin embargo, aquí estaba haciéndolo.

—Él me tomó, tal como Donovan lo hizo contigo. No entiendo el porqué. Él jamás había puesto su atención en mí. A decir verdad, ningún chico en el colegio lo había hecho... —musitó en voz baja.

—Entiendo. Lamento que tengas que soportarlo, al igual que yo a Donovan.

Criss negó y desplegó una tímida sonrisa.

—Él es... lindo... Todo lo contrario a lo que pensé que era.

Fruncí el ceño.

—Te gusta.

—Mucho —aceptó.

—Entonces, me alegro por ti —dije sinceramente.

—Deberías darle una oportunidad a Donovan. Quizá no sea lo que parece.

Negué.

—Por supuesto que no —refuté rápidamente.

Aunque la posibilidad de verlo como ni novio cruzó por mi cabeza, la deseché, tal como llegó. No, yo no debía ni podía tener algo con él. Era extremadamente irritante, impulsivo, posesivo y dominante. Y a mí no me gustaba en lo absoluto ser sumisa de nadie.

—Bien, comencemos la clase.

Presté atención al profesor y alejé esos pensamientos, por lo menos durante aquella hora. Aunque sabía de antemano que, tarde o temprano, esas ideas estarían ahí, haciendo de mi cabeza un caos y colocándome en un dilema, al cual ya le había encontrado una respuesta, pero que me negaba a aceptar.





CAPÍTULO 7

Comía sola en el comedor, observando todo y nada a la vez. Criss se encontraba con Max y los demás amigos de Donovan, pero este último estaba ausente. No había asistido al colegio, y odiaba estar irritada debido a eso.

No lo admitiría en voz alta, pero lo extrañaba. Quizá no de una manera amorosa; más bien era por esas peleas constantes que teníamos, a las que comenzaba a tomarles cierto gusto. Un tanto ridículo, lo sabía. Y esa mañana, menos que nunca lograba sacarlo de mi cabeza. No podía entender la razón por la cual presentía que lo acontecido en la noche anterior con aquel ladrón y con ese lobo tenía algo que ver con su falta en ese día.

De vez en cuando, Max me dirigía una que otra mirada. Me insistió a que me sentara con ellos, pero lo rechacé. Necesitaba estar sola.

—¿Dónde estás? —susurré.

La ansiedad se abría paso por mi cuerpo mientras el recuerdo de nuestros besos en mi habitación invadía mi mente sin piedad alguna. Me había gustado sentirlo, besarlo, estar entre sus brazos. Era entendible, y no me reprochaba por ello. Después de todo,

Donovan era atractivo. Imposible no sentirse atraída hacia él. Su único defecto era ese jodido carácter que tenía.

No resistí estar más ahí sin hacer nada, así que recogí mi bandeja, tiré los sobrantes de la comida a la basura y me dirigí a mi siguiente clase.

Los pasillos estaban solos. La mayoría de los estudiantes se encontraban aún en el comedor, así que caminaba con tranquilidad hacia el tercer piso del edificio. Era tan grande.

—¿Por qué tan sola, señorita Baker?

Poco más y pegaba un grito, asustada al escuchar a Derek —mi profesor de Química— detrás de mí. No fue necesario que me volviera a mirarlo; él apareció a mi lado con esa familiar sonrisa ladeada en sus labios carnosos y apetecibles.

«Detente».

Por primera vez, obedecí a mi subconsciente. Algo en él no me gustaba. Había dejado de inspirarme confianza, si era que alguna vez había podido sentirla.

—Me dirijo a mi siguiente clase —contesté ausente.

Miró su reloj y luego me miró a mí.

—Aún te quedan quince minutos de tu receso. —Me encogí de hombros casi imperceptiblemente y esquivé su mirada, a la vez que echaba un vistazo al pasillo—. ¿Qué clase tienes?

—Historia —murmuré en voz baja.

Él caminaba muy cerca de mí, rozando su brazo con el mío. Era una fricción un tanto incómoda para mí; me ponía nerviosa y provocaba que me quedara un tanto rígida con cada contacto. Estaba segura de que Derek lo sabía, pero poco o nada le importaba.

—Espero que te vaya mejor de lo que te va conmigo.

Me detuve y lo encaré.

—¿Por qué tanto interés en mí? —espeté—. No lo veo hablar con ninguna alumna del colegio, con excepción de mí.

La comisura de sus labios se elevó hacia un lado y ladeó su cabeza, mirándome seductoramente. Retrocedí y, poco a poco, fui encerrada por él. Nuevamente recorrí con mi vista el pasillo carente de alumnos o cualquier alma que no fuéramos nosotros dos.

—¿Tan obvio soy? —preguntó acorralándome contra la pared.

Mi pecho se agitó por su cercanía. Deslicé la saliva por mi garganta y traté de aclararla para poder articular alguna palabra.

—De verdad lo es —repuse trémula.

—Me gustas —confesó al fin, con lo que me dejó sorprendida. Abrí y cerré mi boca un par de veces, pero al final no supe que decir ante aquella declaración. ¿Qué se suponía que debía responder?

—Ahora lo sabes con certeza —susurró acercándose a mi boca.

¿Qué demonios le sucedía? ¿Acaso no temía que alguien nos descubriera aquí? Él era un profesor, uno que me llevaba muchos años. Sin contar que yo era menor de edad. Algo no me cuadraba. Ningún hombre sería lo suficientemente estúpido para arriesgarse tanto, ni tampoco creía que su atracción por mi persona fuera tanta que no le importara jugarse todo.

Definitivamente, aquello no estaba bien. Cada vez confiaba menos en él y en sus actos irracionales.

Reaccioné cuando me besó. Mis ojos se abrieron de par en par. Sus labios se movían suavemente sobre los míos, que se encontraban inertes. Mi cuerpo se tensó y mi cerebro quedó en *shock* unos segundos, hasta poder reaccionar y alejarme de él.

Su aliento me acarició y sus manos se deslizaron por mis brazos hasta llegar a mis hombros. Dio un apretón y luego sujetó mi cuello con ambas, obligándome a mantener aquella postura de la que no podía escapar. Un pequeño suspiro escapó de mi boca cuando él se separó poco de mí y deslizó su lengua por mi

labio inferior. Su boca era dulce, blanda. Me besaba delicado y tierno... No me agradaba.

Mi mente trajo el recuerdo de Donovan, sus besos ardientes y esa pasión con la que me había devorado.

«Te quiero comer».

Me estremecí, recordando aquella frase; entonces, fue momento de reaccionar. Me alejé de Derek, con la molestia evidente en mi rostro.

—¿Qué demonios le sucede? —escupí tocándome los labios.

—Ya te lo dije. Tienes algo que yo quiero... Y más temprano que tarde, lo obtendré —aclaró, y me dejó pasmada.

—Kairi.

Miré a Max y a Criss, que iban caminando por el pasillo hacia nosotros. Derek sonrió y siguió su camino, dejándome ahí con un sinfín de dudas en la cabeza.

—¿Estás bien? —preguntó Max.

—Sí..., yo... estoy bien.

Negué y los dejé ahí para dirigirme a mi siguiente clase.



Salí del colegio antes que todos, prácticamente huía para no encontrarme con nadie desagradable. No había vuelto a ver a Derek, y de verdad que lo agradecía.

Avancé por la acera a paso rápido, pero me detuve al ver a Donovan apoyado contra su flamante auto. Miraba su móvil con el ceño fruncido mientras tecleaba con prisa. Lo admitía: mi corazón había latido con más fuerza al verlo y un hormigueo se había extendido por cada centímetro de mi cuerpo. Lo escuché maldecir; parecía enfadado. Respiré hondo e intenté pasar desapercibida, mas no fue así.

Guardó el móvil en su bolsillo y levantó la vista para dirigirla hacia mí, como si sintiera mi presencia. Noté un atisbo de sonrisa en sus labios. Yo más bien le dediqué una mueca y seguí mi camino, pero su mano en mi brazo me detuvo.

Cerré mis ojos por un momento en un vago intento por contenerme, y luego lo encaré.

—¿Sí? —murmuré en voz baja. La verdad no tenía ánimos de discutir con él.

—Vine por ti, te llevaré a casa —me hizo saber.

Apreté las cejas y retrocedí un poco.

—Y ¿desde cuándo haces eso? —repliqué.

—Desde ahora —contestó, como si nada.

—Gracias, pero no, gracias —me burlé, soltándome de su agarre.

—Vamos, Kairi, no me hagas subirte a la fuerza —amenazó.

Enarqué una ceja.

—Por supuesto, ya quisiera verte intentarlo —masculé dándole la espalda y siguiendo mi camino.

—Siempre les gusta por las malas —masculó, y luego sus brazos se aferraron a mi cintura.

Solté un grito, que acallé momentos después al notar que ya todos estaban saliendo y rápidamente dirigían la mirada hacia nosotros con total curiosidad. Mis mejillas ardieron. Empujé a Donovan sin mucho éxito y estuve a punto de torcerle la mano, mas me detuvieron todos esos adolescentes curiosos.

—Suéltame —dije entre dientes—. Subiré.

No dijo nada, solamente me soltó y ambos nos dirigimos al auto. Él, comportándose como el caballero que se encontraba muy distante de ser, abrió mi puerta y me invitó a entrar.

Me coloqué el cinturón y esperé a que él subiera. Cuando lo hizo, se volvió a verme un momento. Dejé de respirar por un

instante. En la noche anterior, había sido poca la luz para poder observarlo. Quizá por eso no había sentido vergüenza alguna para besarlo, pero en ese momento él podía notar el rubor que se extendía por mis mejillas mientras mis ojos recorrían sus labios.

—*Kiari* —susurró mirándome con intensidad—, ¿qué estás haciéndome?

Entender a lo que se refería no era algo que quisiera hacer ahora, mucho menos saber por qué cada vez que me llamaba así una calidez abrazadora se abría paso por mi cuerpo, acentuándose en mi pecho, siendo como una fuerza aterradora que me hacía experimentar una sensación de necesidad y anhelo.

Poco o nada me detuvo a pensar. Cuando reaccioné, yo lo estaba besando y él, respondiéndome.

No entendía lo que me sucedía con Donovan. Me gustaba, pero había algo más que atracción entre nosotros. Él era tan dominante, siempre acostumbrado a que todas le dijeran que sí, y yo era todo lo contrario a ese tipo de chicas tan sumisas. Sin embargo, allí estaba, besándolo como si nos conociéramos de años y él no hubiese sido un idiota conmigo.

Nuestro comportamiento distaba de ser racional, de poder entenderse ante los ojos de los demás, ante los míos. Donovan Black me atraía de una manera que no era normal.

Mis manos viajaron súbitamente a su cuello y las mantuve ahí mientras devoraba su boca. Se suponía que una chica debía esperar a que el chico la besara, pero al demonio con eso. No era una persona paciente y siempre iba por lo que deseaba.

Donovan me había atrapado. Había caído en sus malditas redes. Siendo consciente de que quizá terminaría con el corazón roto, decidí arriesgarme. Después de todo, si no lo hacía, estaría torturándome día a día, preguntándome qué hubiese sucedido. Así que a la mierda con todo.

—Demonios —susurró clavando sus dedos en mi cintura—, detente.

Me alejé de él, con el rostro sonrojado. Me acomodé sobre el asiento esperando que mi respiración se ralentizara y que el calor se dispersara por completo de mi cuerpo.

—Siento eso —mentí.

—No lo sientas —dijo, y encendió el auto—. Bien podría acostumbrarme a que te lanzaras sobre mí cada vez que quisieras.

Achiqué los ojos, sin quitarle la mirada de encima.

—¿A qué hombre no le gustaría tenerme sobre él todo el tiempo? —repuse, molestándolo, pero en su lugar soltó una risa y comenzó a conducir.

—¿Desde cuándo eres tan arrogante? —inquirió burlón.

—Creo que es algo contagioso.

Negó y suspiró con total tranquilidad. Me dio la impresión que aquello que lo había tenido molesto había quedado olvidado, aunque en sus ojos podía notar un atisbo de preocupación.

El trayecto a mi casa era rápido, lo que no me agradaba en lo absoluto. Quería permanecer más tiempo dentro del auto, en aquel pequeño espacio que se encontraba impregnado con su olor, que tanto me encantaba y atraía de una forma que no parecía normal. Porque no se trataba de su perfume: era la esencia que él emanaba la que me volvía loca, como si no quisiera estar separada de él nunca. Demasiado extraño, dado que antes no lo había sentido. Pero, conforme pasaba tiempo cerca de él, ese deseo aumentaba.

Donovan detuvo el auto minutos más tarde y puso fin a mis pensamientos.

—¿Tu hermana sigue trabajando de noche? —cuestionó con la mirada hacia el espeso bosque, del cual me daba la impresión de que cada día crecía un poco más.

—Sí. —Me pregunté cómo demonios sabía eso, pero por el momento lo obvié.

—Bien. —Él me miró—. Y quédate tranquila. Nadie va a dañarte; me aseguraré de ello.

La verdad era que no tenía miedo, pero había algo... No podía decir de qué se trataba. Era como una sensación de pesadez y peligro que me abrazaba desde la noche anterior. El recuerdo de Derek llegó instantáneamente a mi mente. Me estremecí.

—Kairi.

Parpadeé y miré a Donovan, quien me observaba con su ceño fruncido.

—Lo lamento. ¿Qué decías?

—Nada —respondió y salió del auto.

Solté un bufido y bajé antes de que él abriera mi puerta.

—Gracias por traerme —dije sinceramente, a pesar de que no se lo había pedido.

Él me ignoró.

—Ven. —Extendió su mano hacia mí y, sin dudar, la tomé.

—¿A dónde? —pregunté.

Él no respondió y comenzó a caminar hacia el bosque. Con cada paso que daba, podía jurar que yo veía ese sitio más y más enorme. Los árboles eran largos, densos, y había un sinnúmero de ellos. El bosque era extenso y peligroso, pero no temía demasiado al tener la compañía de Donovan, lo cual resultaba un tanto ilógico. Desde que él había aparecido en mi vida, nada había sido normal. La monotonía no formaba parte de mi día a día y esos cambios, más que aterrarme, me provocaban una infinita curiosidad.

Nos adentramos cada vez más y más, perdiéndonos a aquel espacio que, como era de esperarse, no muchas personas recorrían

o frecuentaban. Él me llevó por un camino que quizá yo nunca podría recordar.

—Tal parece que conoces el bosque muy bien —comenté, como no queriendo. Dio un apretón a mi mano; me encantaba la calidez que emanaba.

—Te sorprenderías si te dijera el porqué.

Mi ceño se frunció, pero no dije nada y seguimos nuestro recorrido por un buen tiempo y en completo silencio. Estaba comenzando a cansarme.

—¿A dónde me llevas? Si vas a matarme, creo que aquí hay suficiente distancia para que no encuentren mi cadáver.

—Tengo otros métodos más útiles y eficaces para deshacerme de un cadáver —me siguió el juego.

—Bien, estás comenzando a ponerme nerviosa, Donovan, por no decir que me asustas.

—Pensé que yo no provocaba nada en ti.

—Culpa a tu maldito comportamiento —repuse malhumorada.

Se detuvo abruptamente y se giró a verme. Sus ojos eran de un color tan claro que podía jurar que eran verdes.

—Llegamos —susurró distante.

Fijé la vista al frente, pero ahí solamente había árboles y arbustos. Entonces, él me hizo atravesarlos. Me quedé un tanto confundida mirando todas aquellas paredes de piedra... o, bueno, lo que quedaba de ellas. Eran como un pequeño santuario de aquellos donde se sacrificaban personas, como un área arqueológica. Demasiado extraño. Más que no hubiese personas que merodearan ya por allí, cuando pocos eran los lugares antiguos que se conservaban lejos de la avaricia y la curiosidad humana.

—¿Qué es este lugar?

Donovan no me contestó. Podía vislumbrar en sus ojos que él sabía la respuesta, pero, por alguna extraña razón, no quiso responderme.

—Me gusta venir aquí. Es un lugar tranquilo y no es fácil de encontrar para los humanos—expresó.

—¿Humanos? Hablas como si tú no lo fueras. ¿Qué se supone que eres, entonces? ¿Un lobo? —bromeé. Efectuó una mueca, y luego mantuvo su semblante serio e impassible. Indagué en sus ojos, en busca de alguna respuesta, pero no hallé más que un mar de emociones que nada tenían que ver con mi pregunta—. Veo que no te gustan las bromas, a menos que seas tú quien las haga.

Permanecía callado, así que comencé a recorrer el lugar. Todo el contorno estaba cubierto por árboles, manteniéndolo oculto, como un gran círculo en medio del bosque. Me acerqué a las rocas, las cuales tenían talladas palabras que no entendía y que parecían antiguas, así como figuras de lunas y de... lobos. Estaban descuidadas; unas, con fisuras. Las rocas caían en algunas partes, pero la de casi dos metros que tenía las figuras de los lobos se mantenía completamente intacta, y ni siquiera tenía el menor indicio de que fuese a derrumbarse algún día.

—Kairi.

Di la vuelta y enfrenté a Donovan. Estaba a escasos centímetros de mí.

—¿Ahora quieres hablar? —espeté despectiva.

—Es solo que has causado un caos en mi cabeza, además de una gran irritación —comentó con una leve sonrisa ladeada.

—Tú no te quedas atrás. Llevo tres días aquí y no has hecho más que joderme.

Se precipitó lentamente a mí. No lo miraba; mi vista seguía fija en las figuras de los lobos y mis dedos recorrían el contorno

de una de ellas. Instintivamente, pensaba en el lobo que me había atacado.

Entonces, Donovan cerró su mano sobre la mía. Tragué en seco.

—Es una leyenda —susurró. Lo observé de reojo; él miraba las figuras—. Se decía que la luna lanzó una maldición sobre un hombre al que condenó a ser un licántropo toda su vida, a vagar solo, sin compañía. Pero la naturaleza sabia lo guió —continuó, dirigiendo mi mano a la figura de una joven mujer—, lo llevó hasta quien sería su paz, su hogar. Le brindó sentido a su atormentada eternidad.

—Y luego, ¿qué sucedió? —cuestioné curiosa y abstraída en su rostro, que desprendía melancolía.

—Ella fue su verdadera fuerza. Fue la calma para la bestia que habitaba dentro de él. Y generación tras generación siguió sus pasos, vagando en la soledad, hasta que al fin podían encontrar a su alma gemela, su otra mitad.

—Un romance de lobos —murmuré—. Resulta una linda leyenda. Por lo regular, en ellas siempre hay una maldición inquebrantable y los finales no son tan felices —agregué.

Donovan sonrió un poco.

—No todos logran romper la maldición, pero esa es otra historia —me corrigió. Se volvió a verme—. Me gustas —confesó, y me dejó pasmada por unos segundos—. Por eso, decidí dejarte en paz. Bueno, hablo sobre, ya sabes, molestarte y... —se calló. Comenzaba a balbucear, tremendamente nervioso.

—Te gusto —repetí.

—Era obvio, ¿no?

—Ahora sí que lo es —bromeé.

—Te traje aquí para hacer las paces y comenzar de cero. ¿Te parece?

Permanecí sería; sus ojos resultaban insondables. No podía saber con certeza si aquello era uno más de sus juegos, aunque no lo parecía.

—Está bien, acepto —dije después de unos interminables segundos.

Esbozó una sonrisa y me ofreció su mano.

—¿Amigos?

Sonreí un poco y acepté su mano.

—Amigos.



CAPÍTULO 8

Dos semanas después, me hallaba con Donovan en el bosque. Él hacía parte de su tarea mientras que yo dibujaba el paisaje que teníamos a nuestro alrededor. De vez en cuando solía dibujarlo a él, pero ese era un secreto; en momentos donde se hallaba tan absorto mirando la naturaleza, tomaba mi lápiz y trazaba cada línea de su precioso rostro. Me había dado cuenta que el estar en el bosque lo calmaba, como si en realidad este fuera su hogar, su lugar. Se había vuelto una rutina el ir allí. El tener su compañía eliminaba mis miedos acerca del lobo, incluso cuando Donovan poco o nada podría hacer contra él si llegase a aparecer. Pero me brindaba seguridad, como lo es la manta para las personas cuando temen de los monstruos aterradores que duermen debajo de sus camas, pese a que aquel trozo de tela no cuenta con superpoderes para protegerlos.

—¿Qué tal vas? —preguntó y tomó asiento a mi lado, presionándose contra mi cuerpo más de lo necesario. No me desagradó.

A decir verdad, me gustaba tenerlo así de cerca. Mi gusto por él no era un secreto para nadie: no me molestaba en ocultarlo

más. No tenía caso el hacerlo cuando todo en mí me delataba, así como le sucedía a Donovan para conmigo.

Habíamos pasado de odiarnos a ser realmente cercanos. Y no precisamente como mejores amigos, sino como algo más, aunque ninguno de los dos se atrevía a hablar de ello. Nos besábamos cada vez que teníamos oportunidad. Donovan me recogía en mi casa, me llevaba al colegio, —a excepción de los martes— comíamos juntos y regresábamos a mi casa de la misma manera. Me había mostrado una faceta completamente diferente, lo que le daba la razón a Criss con lo que había mencionado hacía ya bastantes días. No había visto más al chico odioso, y esperaba no encontrarlo de nuevo un día de esos.

—Kairi —me llamó de nuevo ante mi silencio.

—Bien, aunque me he cansado un poco. Lo terminaré mañana —respondí con una cálida sonrisa.

Donovan cogió un mechón de mi cabello y lo acomodó sutilmente detrás de mi oreja.

—Perfecto. Ven, quiero que vayamos al santuario —comentó incorporándose.

—¿Santuario? —repetí confusa.

—Sí, al que fuimos hace unas semanas.

Asentí y me ayudó a incorporarme. Metí todo dentro de mi mochila al tiempo que él hacía lo mismo con sus cosas. Luego, en un acto que me tomó desprevenida, Donovan cogió mi mano entre la suya, entrelazándolas. Solo hacía eso cuando nos encontrábamos dentro del auto, y debo decir que la sensación era la misma. Me gustaba, así como también me asustaba.

Todo había ido tan deprisa que, sin verlo, me había acostumbrado como nunca a tener la cercanía de Donovan.

Nuevamente avanzamos por la inmensidad del bosque. Esa vez me sentía más confiada y podía disfrutar de lo que me hallaba

en el camino, aunque no había logrado encontrarme con ningún animal. Había tenido la esperanza de ver al menos un ciervo.

Seguramente, al sentirnos cerca, los animales huían.

—¿Por qué quieres ir allí? —cuestioné.

—Me gusta, ya te lo he dicho, pero sinceramente lo disfruto más cuando tengo tu compañía. Todo es mejor cuando te tengo a mi lado, *Kiari*.

Dibujé una sonrisa con mis labios. A cambio, recibí un beso en la mejilla que me resultó de lo más tierno.

Minutos más tarde llegamos de nuevo al santuario. El viento sopló con gran fuerza, despeinando mi cabello. Entre risas, avanzamos hacia el lugar y nos detuvimos frente a la gran roca de los lobos, como yo la llamaba.

—Es como si me brindaras mucha paz. No logro comprender por qué eres tú quien me calma —susurró confundido, mirándome a los ojos.

—Pensé que te irritaba bastante —comenté divertida. Agitó la cabeza en gesto negativo.

—No puedo esperar que las cosas sean normales entre nosotros. —Sonrió, pero, segundos después, aquella sonrisa se desvaneció y una seriedad la remplazó.

—¿Qué sucede?

—Es solo que no sé cómo decirte esto —respondió nervioso.

—¿Qué cosa?

—¿Quieres ser mi novia? —soltó, así sin más.

Mi boca no fue capaz de articular palabra alguna. Mi cerebro se encontraba en *shock*; cada parte de mi cuerpo estaba igual.

¿Qué demonios estaba sucediendo? ¿Cómo era que Donovan Black me estaba pidiendo ser su novia? Me resultaba gracioso que él, quien había fingido odiarme y prometido hacer de mi vida una tortura, ahora estuviese haciéndome esa propuesta. ¿En

qué momento todo había cambiado y había querido estar con un chico tan arrogante y misterioso? Aunque, por supuesto, las últimas semanas habían influido bastante y el cambio tan radical en la actitud de Donovan también lo había hecho. Él mantenía sus ojos fijos sobre mí. Había algo en ellos, algo que me hacía pensar que el chico que había conocido seguía ahí, bajo la fachada de chico bueno que él arduamente se encargó de labrar para mí.

—Yo... Yo no sé qué decir —murmuré aún pasmada.

—Solo di que sí —sugirió suavemente.

—¿Cuánto llevo conociéndote, Donovan? Es muy poco tiempo —expliqué abrumada.

—Eso qué más da. Me gustas; te gusto; pasamos todo el tiempo juntos y llevamos saliendo más de dos semanas. Así que deja de darle vueltas.

—Yo no he dicho que me gustes. Eres engreído, arrogante y muy irritante —bromeé un poco.

Sonrió malicioso y fue hacia mí para acorralarme entre la pared y sus brazos. Me fue inevitable inspirar hondo para llenar mis pulmones con su perfume. ¿Por qué tenía que oler tan bien?

—Y tú, tan exasperante y tan bella. —Besó mi mejilla—. Si sabes lo que te conviene, me dirás que sí.

—Pero ni siquiera te conozco bien —repuse.

—Estoy loco por ti, *Kiari*, y que de ninguna manera pienso aceptar un no por respuesta.

Conociéndolo, sabía que no lo haría. Traté de pensar en darle una respuesta sensata, algo para hacerle entender que, a pesar de que me sentía atraída por él, no podía ser su novia. Sencillamente, no. Apenas nos conocíamos.

—Es demasiado pronto, Donovan —susurré—. Al menos, déjame convivir más tiempo contigo para poder conocerte aún mejor.

Negó repetidamente con la cabeza.

—No hay diferencia alguna, Kairi. No voy a dejar de estar detrás de ti todo el tiempo. Y en el colegio todos saben que estamos juntos, así que solo di que sí y ya. Sería ponerle un título a esto que tenemos. Las cosas seguirían igual.

Mas mi reticencia hacia él no era eso, sino algo más a lo que no le encontraba explicación.

—Podemos seguir como hasta ahora sin necesidad de ser novios. ¿Para qué quieres ponerle un título?

—Porque quiero que me digas aquí —comenzó a decir mirando a nuestro alrededor— que tú eres mía.

No me permitió darle una respuesta. Selló nuestros labios en un beso, tomándome por sorpresa. Sus manos acunaron mis mejillas. Yo me quedé inmóvil, con ambos brazos a los costados. Disfruté de sus labios, tan adictivos. No tenían comparación alguna, ni siquiera con Derek, quien, gracias al cielo, había dejado de molestar por el momento.

Dios, Donovan me volvía loca, demasiado. ¿Podría resistirme a él? La respuesta llegó enseguida: no, no podría. Ya había caído en sus redes, pero no quería admitirlo. Mucho menos ponerle las cosas fáciles cuando al principio no se había comportado de la mejor manera conmigo. Sin embargo, de alguna manera, sentía que me cuidaba, que me protegía, aunque a veces podía jurar que de quien tenía que protegerme era de él mismo. Donovan estaba rodeado de algo oscuro, y eso me provocaba miedo. Pero él se encargaba de no dejarme pensar mucho en eso.

—Dime que sí —solicitó en un susurro y besando mis mejillas.

—Donovan.

—Hazlo, Kairi —pidió de nuevo.

Tomé su rostro con ambas manos y apoyé mi frente contra la suya.

—Sí, Donovan, acepto ser tu novia —susurré resignada y esperanzada a no equivocarme.

—Eres mía. —Suspiré. Oírlo me pareció tierno.

—Sí.

Sus ojos relucieron. Noté bruñidos destellos amarillos en ellos, pero fue algo fugaz.

Parpadeé, desconcertada.

—Oficialmente mía —dijo contento, y me besó de nuevo.



A la mañana siguiente, me miraba en el espejo con una enorme sonrisa mientras me arreglaba para ir al colegio. Sentía un tipo de mariposas en el estómago al pensar en Donovan, en volver a verlo.

Detestaba un poco ese sentimiento. Era muy pronto —demasiado, a mi parecer— para la manera en la que él había entrado a mi vida, la forma en que estaba adentrándose en mi corazón. Tenía que detenerme, llevar las cosas despacio. Sin duda alguna, era lo mejor que podía hacer, pero mi corazón era necio y no hacía caso alguno a las advertencias que mi cerebro le lanzaba.

Tenía que controlarme, o terminaría con el corazón roto.

Abrí la puerta de mi habitación justo cuando Maddy aparecía detrás de ella. Me miró confundida al verme tan sonriente y ya lista para irme al colegio.

—¿Madrugaste? —preguntó incrédula.

—Sí, bueno, digamos que dormí bien anoche.

—Y el causante de ello es el dueño del flamante auto que se la vive estacionado fuera de casa, supongo.

Abrí los ojos de par en par.

—¿Cómo?

—Hoy desperté y revisé la hora. No llegabas, así que salí a esperarte, hasta que te vi bajar del auto con ese chico que, por cierto, es muy guapo.

Me sonrojé un poco. Por lo regular, Donovan estaba ahí cuando Maddy dormía o se hallaba fuera de casa.

—Él es... un amigo —mentí.

—Tranquila, Kairi. Puedes tener novio, y lo sabes. Solo nunca olvides los consejos que te he dado sobre los hombres.

Sonreí.

—No lo hago. Los tengo presentes.

—Me alegro. En fin, ten un buen día y, por cierto, mañana es mi descanso. Quizá podamos ir al cine a ver una película.

—Eso sería genial —coincidí sonriendo ampliamente—. Pero ¿hay un cine aquí?

Ella rio.

—Por supuesto que sí, Kairi —respondió dirigiéndose a su habitación.

Caminé a su lado, besé su mejilla y bajé corriendo las escaleras, deseosa de llegar al colegio.

Abrí la puerta y, para mi sorpresa, Donovan estaba llegando. Bajó del auto luciendo tan atractivo, como siempre. Se veía tan guapo con aquella camisa de cuadros pegada a su cuerpo. Marcaba cada uno de sus músculos de una manera que debería ser ilegal.

—Hola. Hoy no esperaba verte aquí a esta hora. Es martes; creí que estarías ocupado, como siempre —murmuré al llegar a él.

Ni siquiera me saludó, simplemente me cogió de la cintura y besó mis labios. Me tomó por sorpresa, pero enseguida le respondí de igual manera.

—Eres mi novia. No te dejaré andar sola por ahí —susurró.

—Deja de ser tan posesivo. No iré a ninguna parte.

—No puedes huir, Kairi. Ayer dijiste que eras mía y, créeme, esas palabras tienen un fuerte significado para mí.

Sonreí.

—Entonces, me he sentenciado a permanecer a tu lado —bromeé.

—Es peor que eso. Nunca vas a poder estar sin mí —dijo serio—. Me perteneces, *Kiari* —sentenció, llamándome de nuevo así.

Mi ceño se frunció notablemente al darme cuenta de que lo estaba diciendo de verdad. Cuando le había cuestionado el porqué de aquel nombre, no había sido capaz de decírmelo, como muchas otras cosas.

—Vamos, que se nos hace tarde —cambió de tema radicalmente al tiempo que tiraba de mi mano.

—Estás bromeando, ¿cierto? —inquirí.

Abrió la puerta del auto y me hizo entrar, sin responderme. Subí y luego lo hizo él, encendió el auto y se puso en marcha.

—Donovan, te hice una pregunta.

—No te compliques la vida, Kairi. Deja que las cosas sigan su curso.

¿Qué clase de respuesta era esa?

—Eso no tiene sentido alguno, mucho menos está relacionado con lo que te pregunté.

Una sonrisa sombría asomó sus labios. No me respondió y siguió conduciendo. Molesta, me volví a mirar por la ventana, pensando en todo y en nada a la vez. El trayecto al colegio fue rápido. Donovan estacionó; su mirada estaba sobre mí, pero no giré a mirarlo.

Intenté abrir la puerta, pero tenía el seguro puesto.

—Kairi.

—Se nos hará tarde —dije y lo miré.

Error. Me cautivó, como constantemente lo hacía. Se acercó más a mí y se detuvo a pocos centímetros de mis labios.

—Y qué más da —susurró, tentándome.

—Eres un maldito manipulador —lo acusé mirando sus labios.

—Algunas veces.

Dicho eso, acortó la distancia que nos separaba y me besó despacio, como si intentara tranquilizarme, y ciertamente lo estaba logrando. Sus besos, como de costumbre, hacían estragos en mí, pero de una buena manera.

—Detente —le pedí.

—Eso no sonó muy convincente.

—Lo sé, pero andando, que no deseo llegar tarde.

Me dio un último beso y bajó del auto, abrió mi puerta y tomó mi mano para así atraerme a su cuerpo. Caminamos juntos hasta la entrada, entonces noté la mirada de Derek sobre nosotros. Lucía impasible, sin embargo, había algo en sus ojos que me daba la impresión de que se encontraba molesto. Donovan le lanzó una mirada. Tal parecía que entre ellos se entendían. Negué interiormente, no me interesaba en lo absoluto lo que Derek pensara.

—¿Te veo a la hora del almuerzo? —dije hacia Donovan. Ya había llegado a mi aula y, para mi desgracia, mi primera clase era con Derek, como cada martes.

—Por supuesto —murmuró ausente.

—¿Estás bien? —pregunté confundida al notar su actitud.

—Sí, tranquila —me aseguró sacudiendo su cabeza y alejando quizá de ella pensamientos que robaban toda su atención—. Nos vemos después.

Me quedé observando cómo se iba. Sus manos iban hechas puño y una tensión en su cuerpo, que antes no estaba ahí, lo acompañaba. Se me hizo extraño. Quise correr detrás de él y preguntar qué le ocurría, pero sabía que no me diría nada.

—Veo que al fin has caído en sus redes.

Miré a Derek, que no lucía contento.

—¿Disculpe? —incredé molesta.

—No deberías ponerle las cosas tan fáciles.

—Creo que lo que yo haga o deje de hacer no es de su incumbencia.

Entré al aula. Él también lo hizo, pero, para mi sorpresa, cerró la puerta con fuerza y luego me acorraló contra ella siendo de todo, menos cuidadoso.

—¿¡Qué demonios le sucede!? —grité.

—Deja de ser tan inocente, Kairi. Solo te diré una cosa: en la persona que menos puedes confiar es en Donovan Black. Él no es lo que aparenta.



CAPÍTULO 9

Derek no bromeaba en lo absoluto. Me miraba serio y con un poco de enojo. Yo, por mi parte, me quedé perpleja al escucharlo. No les encontraba sentido alguno a sus acusaciones, aunque tampoco conocía del todo a Donovan como para meter las manos en el fuego por él. Sin embargo, lo pondría por encima de Derek. Lo haría sin dudar.

Enojada, lo empujé con ambas manos, apartándolo definitivamente de mí. Su cercanía no me gustaba. Si Donovan me hacía desconfiar en ocasiones, con Derek, esa suspicacia era mucho mayor.

—Creo que debería comportarse como lo que es —escupí en tono tosco.

—Escucha lo que te digo, Kairi —insistió con molestia—. Lo único que hará Donovan Black será lastimarte. Es lo que busca.

—¡Basta! —grité—. Usted no es nadie para decirme tales cosas. Si va a acusarlo, al menos tenga pruebas.

Sus labios se fruncieron y sus manos se hicieron puños. La impotencia era visible en sus ojos; centellaban de ira.

—Desafortunadamente, no las tengo; y cuando al fin te des cuenta de lo que él trama contigo, será muy tarde. Te aseguro que, si sigues a su lado, terminarás con el corazón roto.

No me quedé a escuchar más. Salí del aula hecha una furia. Sus palabras difícilmente saldrían de mi cabeza. Logró lo que quería: sembrar en mí la duda y el único que era capaz de aclararme todo era Donovan. Podía asegurar que no me diría absolutamente nada, pero no perdía nada con intentar. Quizá me estaba equivocando. Al menos, le daría el beneficio de la duda. No podía dejarme llevar por las palabras de Derek.

Caminé con prisa por el pasillo con las miradas de los estudiantes sobre mí —como siempre—. Lo detestaba. Al parecer, no tenían nada más importante que hacer. Recorrí los pasillos en segundos y, cuando pasaba por el jardín dispuesta a ir a la biblioteca, algo llamó mi atención al ver a Donovan.

La sangre hirvió en mis venas, no por celos, sino de rabia.

Ahí estaba el maldito, con una chica que yo no conocía, mucho menos que hubiera visto. Ella le susurraba algo al oído y él reía mientras negaba con la cabeza. Luego lo abrazó por la cintura y él besó su frente. Mantuvo ahí sus labios a la vez que sus manos la sujetaban de ambas mejillas. Una linda escena que, para mí, fue un golpe bajo.

¿Quién era ella? ¿Por qué jamás la había visto cerca de Donovan?

Sinceramente, cualquiera vería aquella escena como una acción de cariño entre dos amigos, pero no yo. Había algo en los ojos de ambos, algo que parecía que los unía, no como hermanos, sino como pareja.

Donovan se percató de mi presencia, incluso al no tenerme tan cerca. Sus ojos se encontraron con los míos; la sorpresa cruzó por ellos mientras que la chica me miraba indiferente.

Negué y di la vuelta para salir de ahí. Tenía un sentimiento de traición que crecía en mi pecho. Maldita sea, eso no me podía estar sucediendo a mí.

Salí a la calle sin preocuparme en caminar rápidamente a casa. Estaba segura de que Donovan no vendría corriendo detrás de mí para darme una explicación —como suele verse en las películas—, así que avancé a paso lento a mi casa, pensando en cada palabra dicha por Derek. Quizá debía escucharlo. Hubiera agradecido ver eso antes de decirle que sí a Donovan.

Maldita sea.

«Debí decirle que no».

Bien, al menos era algo que se podía arreglar. No había habido nada más que besos. Ni siquiera sentía amor por él, solo atracción, y eso me facilitaba las cosas para alejarme.

Aunque, conociéndolo, eso me iba a costar mucho.

Suspiré, agotada mentalmente.

Llegué a mi casa en poco tiempo, pero no entré, sino que me dirigí al bosque. Tenía ganas de estar sola, además de que no deseaba que Maddy se diera cuenta de que me había saltado todas las clases por culpa de dos idiotas.

Seguí el camino que había recorrido el día anterior con Donovan, tratando de no adentrarme demasiado en el bosque. No quería perderme.

Encontré un buen lugar para sentarme en una gran roca sobre el suelo. Me senté y coloqué mi mochila sobre mis piernas, mirando hacia la nada por unos momentos. Descansé mi vista para posteriormente sacar mi libro de dibujos y mi lápiz. Observé el papel en blanco, pensando en lo que quería dibujar. Entonces, mis dedos comenzaron a trabajar por sí solos, y crearon lo que menos esperaba: el gran lobo que había visto fue apareciendo en el papel. Lo hice a la perfección, tal y como lo recordaba.

Cada trazo estaba hecho con precisión; todo fue perfectamente plasmado.

Sonreí mientras lo dibujaba. No entendía por qué lo estaba haciendo; simplemente la idea había llegado.

Tiempo después terminé, levanté el cuaderno para observarlo y quedé satisfecha con el resultado.

—No deberías estar aquí.

Cerré mis ojos un momento al escuchar a Donovan.

—Podría decirte lo mismo —repliqué—. Si estoy aquí, es porque no quiero ver a nadie. ¿Es tan difícil para tu cerebro captar el mensaje? —Me puse de pie, sonriendo con burla—. Cierto... Qué tonta soy. Tú careces de eso.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué te has ido así? —preguntó ignorando mi comentario. Sin duda, no venía en plan de pelea.

—Qué te importa —espeté guardando mi cuaderno, pero él me lo arrebató de las manos—. ¡Dame eso! —grité tratando de quitárselo, sin embargo, está de más el decir que no pude lograrlo.

Él se quedó observando el dibujo, frunció el ceño y luego sus labios se curvaron en una sonrisa.

—No me digas... —comenzó a decir mirándome y mostrándome el dibujo—. Es el lobo que viste.

Entorné mis ojos y le arrebaté el cuaderno.

—No tienes ningún derecho de tomar mis cosas —siseé.

—También son mías, como lo eres tú.

Lo miré molesta. Ahí volvía el idiota que había conocido. Ya se me hacía mucha belleza que no hubiera aparecido en los últimos días.

—¿Sabes qué? No te quiero cerca de mí, Donovan. Olvida lo que dije. No deseo ser tu amiga, mucho menos tu novia.

Caminé de regreso a casa escuchando sus pasos detrás de los míos. A continuación, tuve sus manos aferradas a mi cintura, las cuales detuvieron mi andar momentáneamente.

—No puedes simplemente decirme que no, Kairi. Nadie me dice que no a mí —me recordó.

—Pues seré la excepción.

Me dio la vuelta y quedamos frente a frente. Su boca estaba cerca de la mía, haciéndome una tentadora invitación que fervientemente me negué a aceptar. No podía dejarme doblegar siempre por esos labios que tenían el poder de volverme loca y hacer volar mi mente.

—La chica con la que me viste es mi amiga —explicó tranquilamente.

—Ella me importa una mierda, Donovan —mascullé—. Lo que quiero saber es ¿qué me escondes? ¿Qué es lo que Derek sabe de ti que yo no?

Me soltó cuando pronuncié el nombre de Derek. Su gesto se endureció; cada facción de su rostro cambió radicalmente.

—Solo no tenemos una buena relación. Fin de la historia. Es algo que definitivamente no te importa.

Me enfurecí.

—No me importaría en lo absoluto si él no se la pasara acorralándome y soltando un sinfín de estupideces sobre ti, además que no deseo besarlo de... —detuve mi palabrería abruptamente, aunque era tarde: él ya había escuchado suficiente.

—¿Te besaste con él? —cuestionó en voz baja.

—No precisamente —contesté retrocediendo lentamente.

—¿Disculpa? Entonces, ¿a qué demonios te refieres? —cuestionó acercándose más.

—Él me besó. Yo no le respondí.

«Al principio...»

«¡Cállate! Ahora no es momento para que hagas tu flamante aparición, maldita seas».

«Solo digo la verdad».

«Estúpida conciencia».

—Y ¿por qué carajos no me lo habías dicho? —cuestionó acorralándome contra un árbol.

Me esforcé por poner en orden mis ideas y, entonces, mi carácter salió a la luz. Este se mantuvo a raya, al igual que lo hizo el de Donovan.

—Porque no se me da la gana. No voy a darte detalles de todo lo que me suceda, lo que haga o lo que deje de hacer. No eres mi dueño, Donovan. Deberías tenerlo claro.

Me encogí cuando su puño se estampó con fuerza contra el árbol, justo al lado de mi cabeza. Giré mi rostro asombrada al notar cómo había hecho un hueco en el tronco. Pero, al parecer, para Donovan eso no era nada. Ni siquiera una mueca de dolor o de molestia surcó su cara. Absolutamente nada. ¿Qué acaso era de hierro?

—Lo soy y más temprano que tarde te darás cuenta de ello, Kairi. Me perteneces a mí —dijo tomándome del mentón con fuerza.

Sus ojos lucían perdidos. Me daba la impresión de que quien estaba hablándome no era él. Se veía enojado, más que eso, furioso. Pocas veces lo había visto así, por no decir que ninguna.

—Estás muy equivocado. No sé qué tramas conmigo, Donovan, pero vete haciendo la idea de que yo no soy juguete ni propiedad de nadie.

Intenté empujarlo, salir de la cárcel de sus brazos, mientras él parecía quererme matar con la mirada. Era extraño, como si estuviera siendo dominado por los celos... y por la necesidad de asesinarme. Esto último me hizo percibir un miedo de verdad.

Estaba alejada de casa, en medio del bosque con un chico del que no sabía mucho y que ahora se encontraba realmente furioso.

—Tú... —inició apretando mi mentón y causándome daño— haces de mi cabeza un caos. No sé qué voy a hacer contigo, ni cuánto podré resistir esto que me consume desde adentro, *Kiari*.

—¿De qué demonios estás hablando? —pregunté con el corazón que me latía frenético.

—Donovan —una voz lo llamó y ambos nos encontramos con que era Max—, suéltala. Sabes bien que no puedes dañarla.

Vi llegar detrás de él a los demás amigos de Donovan. Todos estaban serios, con la mirada fija sobre él. Adoptaron una posición cautelosa, pero al mismo tiempo de pelea, como lo hace un humano cuando quiere atrapar un animal.

Donovan me soltó. Entonces, me alejé de él súbitamente con los ojos llenos de lágrimas por la impotencia y la rabia de tener que soportarlo en mi vida. Pensé que sería diferente. Estúpidamente imaginé que podría darle una oportunidad, que debajo de aquel chico rudo se escondía alguien dulce, pero eso solo eran patrañas que las novelas y los libros nos venden. El chico rudo nunca va a cambiar su forma de ser por la chica nueva y tímida.

Quizá los escritores deberían tomar nota de eso y no ilusionar a las chicas como yo.

—¡Me perteneces, Kairi Baker! ¡No puedes huir de mí! —gritó a mi espalda.

Corrí de prisa, alejándome de él, pero sintiendo que en realidad que no lo hacía. Me abrumaba. Estaba confundida con la actitud de ellos, con las palabras que decían frente a mí y con a las que no les encontraba sentido alguno. Necesitaba respuestas, que alguien iluminara mi mente y deshiciera el nudo de preguntas que Donovan había creado en mi cabeza.

A la mañana siguiente me encontraba agotada. La cabeza me dolía y no tenía ánimos de levantarme de la cama, pero debía asistir al colegio. Había perdido todo el día anterior, pero sentía que mi cabeza iba a estallar. Demonios, a la mierda el colegio. Mi salud era más importante.

Me cubrí con las sábanas, temblando ligeramente a causa de la brisa fría que entraba por mi ventana. No tenía ánimos de levantarme a cerrarla.

—Kairi.

Miré hacia la puerta, donde estaba Maddy.

—¿Sí?

—¿Qué haces en la cama? Se te hará tarde.

—No me siento bien, Maddy.

Enseguida la tuve a mi lado, tocando mi frente y revisando mi rostro.

—Tienes fiebre. Te daré algo para bajar la temperatura y calmar el dolor de cabeza.

Sus palabras me sonaron a gloria.

—Por favor —susurré.

Salió de la habitación, y minutos después regresó con un vaso de agua en una mano y con un frasco de pastillas en la otra.

Me senté sobre la cama y tomé el medicamento para luego volver a dejar caer mi cuerpo sobre mi mullida y amada cama de nuevo.

—Descansa. Esto te hará dormir. —Besó mi frente en un gesto maternal—. Te dejaré la comida lista.

—No es necesario.

—Silencio. Ahora duerme, pequeña.

No sabía si era bruja o algo por el estilo, pero, en cuanto pronunció aquellas palabras, mis párpados se cerraron y me quedé profundamente dormida; entonces, me sumergí de nuevo en mis

sueños que se volvieron oscuridad, donde aullidos predominaban y un par de ojos ámbar se mantenían siempre sobre mí.



—Kairi, me estás preocupando. Son más de las cuatro, y sigues dormida. —Divisé a mi hermana, que de verdad se veía preocupada. Con cuidado, me senté sobre la cama. Aún me encontraba mal—. ¿Cómo te sientes?

—De la mierda.

—Kairi, no me gusta que digas malas palabras —me reprendió.

—Lo lamento —mentí—. Me siento peor.

—Veo que no te hizo efecto. Quizá debería traerte algo de antibióticos o llevarte al hospital —dijo, más para ella que para mí.

Negué rápidamente.

—No es para tanto. Solo necesito dormir.

—Has dormido todo el día, y sigues igual. Ni siquiera has comido.

Iba a responderle, pero su móvil sonó. Vio la pantalla y una emoción relució en sus ojos. Raro.

—Christian... —susurró al contestar la llamada. Fruncí el ceño al notar su actitud de colegiala—. No lo creo. Mi hermana está enferma... Sí, quizá la próxima semana... No, no te preocupes. —Sonrió—. De acuerdo... Cuídate.

Terminó la llamada y me preparé para interrogarla.

—¿Christian?

—Oh, él es mi colega —explicó con un rubor en sus mejillas.

—Y te gusta.

Se sonrojó aún más.

—No —dijo rápidamente.

—Por supuesto que te gusta —refuté sonriéndole.

—Bueno..., un poco —confesó mirando sus manos—. Él y su hermano menor irán con nosotras al cine.

—¿Me buscaste una cita?

Bien, quizá me serviría de distracción. No tenía novio y mucho menos pensaba seguir viéndome con Donovan. Ya no más.

—No, para nada —añadió rápidamente—. Sé que tienes novio.

Hice una mueca. Creía que había roto un récord como novia de Donovan: ni siquiera habíamos durado un día.

—Sí, bueno, ¿por qué no vas? Yo estaré bien —la tranquilicé.

—No quiero dejarte.

—No seas terca. Yo volveré a dormir —dije recostándome.

—¿Segura que estarás bien? —indagó vacilante.

—Sí. Largo, vete con Christian. Quizá consigas tener sexo.

—¡Kairi! —gritó escandalizada mientras yo reía.

—Es broma.

—Pues qué bromitas las tuyas —masculló. Se acercó a mí y plantó un beso en mi frente—. Descansa. Cualquier cosa, me llamas.

—Sí, vete a arreglar ya.

Volví a cerrar mis ojos. La escuché salir de mi habitación y, mientras esperaba que el sueño me abordara, seguía sus movimientos por la casa. El suelo rechinaba con cada paso que daba y me imposibilitaba un poco la tarea de dormir, además de que ya había dormido lo suficiente. Mas no quería levantarme de la cama. Me resultaba tan extraño tener esas reacciones en mi cuerpo, que hubiera estado bien antes de discutir con Donovan y luego, de la nada, un malestar del demonio cayera sobre mí.

«Quizás así se sentían las maldiciones que caían sobre las almas gemelas de los lobos». Ignoré aquel pensamiento estúpido que, vaya a saber por qué, abordó mi mente.

Me acomodé boca arriba mirando el techo con las manos sobre mi abdomen y oí que se cerraba la puerta de entrada, lo que me hizo saber que ella ya se había ido. Mi estómago protestó haciéndose presente, recordándome que no había ingerido alimento alguno. No obstante, mis ánimos por levantarme de la cama eran nulos. Así que lo mandé callar y volví a cerrar los ojos, aunque no por mucho, ya que alguien comenzó a golpear la puerta con fuerza.

Me senté rápidamente sobre la cama, y sentí más denso el dolor al hacerlo. Parecía que no iba a irse ya que, en lugar de disminuir, iba en aumento. Además, sentía un vacío en mi pecho, la falta de algo, la necesidad de estar con alguien... Con Donovan.

Tenía la imperiosa necesidad de verlo. Me dolía el pecho al no tenerlo cerca. Aquello me estaba asustando. No lo amaba, quizá sentía cariño por él, pero no era lo suficiente como para que estuviera extrañándolo de esa manera.

Me levanté de la cama, echando abajo mis esperanzas de que quienquiera que fuera dejara de tocar.

Bajé con cuidado los escalones, abrí la puerta de entrada y me encontré con Donovan frente a mí. Contuve el aliento y fingí una indiferencia que distaba de sentir.

—¿Qué haces aquí? —cuestioné brusca.

—¿Es tan difícil deducirlo? —replicó con una sonrisa que bailaba en sus labios.

—Donovan, no estoy de ánimos para discutir contigo. Me siento mal.

—Y es por eso también que estoy aquí.

—No me digas que eres doctor —dije con burla.

—No, ese es mi hermano, que precisamente está teniendo una cita con tu hermana en estos momentos «Demonios».





CAPÍTULO 10

Donovan y su maldita costumbre de dejarme con la boca abierta. No podía creer que fuera precisamente su hermano quien estuviera saliendo con Maddy. Esto no me parecía una coincidencia, no. Definitivamente, había algo más. Las casualidades no existían, joder, no.

—Eso no puede ser verdad —susurré atónita.

—Lo es —refutó, como si nada.

—¿Qué demonios hace tu hermano con mi hermana? Mejor dicho, ¿qué es lo que ambos traman?

—No tramamos nada —contestó sereno e inalterado—. Ustedes son atractivas. No es extraño que nos gusten.

—No me trago ese cuento. Y ahora, vete. Ya me encargaré de alejar a Maddy de las garras de tu hermano.

Dibujó una péfida sonrisa en sus labios rojos.

—No puedes huir de las mías, y ¿quieres salvar a tu hermana? —inquirió burlón, por lo que un escalofrío fue enviado a mi espina dorsal.

Intenté cerrarle la puerta, pero, como era obvio, él era mucho más fuerte que yo: la empujó y entró a mi casa sin ser invitado.

—Lárgate; no te invité a entrar.

—Sí, cada vez me dejas más en claro que distas mucho de tener modales.

—¡Vete! —grité, con unas ganas enormes de llorar—. No quiero tenerte cerca ni tengo ánimos de pelear, me siento mal.

—Es por eso que estoy aquí —repetió cerrando la puerta.

—¿En serio? ¿Acaso sabes de medicina?

—No, pero tenerme cerca es tu mejor medicina. Siempre lo será —dijo sonriendo de lado.

—Y he aquí la arrogancia personalizada —expresé señalándolo de pies a cabeza.

Soltó una risa, que no hizo más que llevar en aumento mi enfado. Era un idiota, y nunca me cansaría de repetirlo.

—¿Qué demonios quieres de mí, Donovan? —solté sin más. Estaba cansada de todo—. ¿Sexo? Adelante, tengámoslo si así me libro de ti.

—Vamos, Kairi, no estoy detrás de ti por sexo. —Ladeó su cabeza y volvió a sonreír—. Aunque, bueno, sí, quiero meterme entre tus piernas, pero eso sería después. —«Idiota»—. No entiendo por qué carajos no comprendes que me gustas y que deseo tenerte para mí.

—Porque hay un montón de chicas más lindas que yo. Por Dios, Donovan, no me trago el cuento de que he llamado tu atención. Tú me ocultas algo. Derek tiene razón.

—Deja de nombrar a ese imbécil —espetó esta vez molesto.

—No, quizá debería hablar con él. Ha sido más sincero conmigo que tú —mentí.

Fue hacia mí y me tomó entre sus brazos; forcejeé. Tenerlo cerca era un peligro para mí: me tentaba y no quería caer. No de nuevo. Cerré mis ojos para no centrarme en sus labios, esos labios que me volvían loca. Su aliento me acariciaba suavemente;

su boca rozaba la mía en una sutil invitación, que me esforzaba por rechazar.

—Por favor, detente ya. Estoy cansada de pelear contigo cada día, de que hayas hecho de mi vida una tortura cuando todo marchaba tan bien. Estoy harta de no saber lo que me ocultas ni tus verdaderas intenciones —susurré con la voz quebrada.

—Todos tenemos secretos, Kairi, y yo necesito que tú confíes en mí plenamente para poder contarte los míos. No voy a lastimarte. ¿Es tan difícil para ti entender que me has atrapado? Me gustas como nadie más. —Abrí mis ojos, que enseguida fueron al encuentro de los suyos.

Parecía que no mentía, pero aún encontraba algo en ellos que me hacía dudar. Tal vez debería entender que yo también era una desconocida para él. Sus secretos quizá eran fuertes y no fáciles de contar.

—Deja de guiarte por lo que te dicen los demás. Te estoy pidiendo que me des la oportunidad —dijo aflojando su agarre—. No te voy a fallar.

—Yo no sé... No sé, Donovan.

Acortó la casi nula distancia que nos separaba y me besó tiernamente. Sorpresivamente, caí en cuenta de que aquel dolor que sentía disminuía notablemente. No sabía si era por la cercanía de Donovan o por el medicamento, aunque me inclinaba más por la última alternativa. Era ridículo de mi parte el siquiera pensar que mi salud y mi bienestar dependían de un chico.

—Debes irte —susurré alejándome de él.

—Déjame acompañarte hasta que tu hermana vuelva. Prometo comportarme.

Analiqué mis opciones de quedarme sola recostada sobre mi cama o de aceptar su compañía. Tal vez, si le decía que sí,

podría tratar de hacerle preguntas y obtener las respuestas que necesitaba.

—De acuerdo —acepté al fin.

—¿Has comido algo?

—No tengo demasiado apetito ahora —repuse caminando a la sala.

No encendí la luz, me senté sobre el sillón. Donovan hizo lo mismo; entonces, me recosté apoyando mi cabeza en su regazo. A él no pareció molestarle en lo absoluto. Comenzó a acariciar mi cabello y yo me dediqué a mirar la nada.

—Cuéntame algo de ti —dije rompiendo el silencio—. Quiero conocerte más —añadí. En todo ese tiempo, solo habíamos hablado de cosas banales. Quería saber de su vida personal.

Lo escuché suspirar. Estaba tan cálido, como si su cuerpo fuera una hoguera andante.

Me encantaba.

—¿Qué quieres saber? —susurró con tranquilidad.

—Sobre tu familia.

—Bueno... Solo somos Christian, mi padre y yo. Mi madre murió hace algunos años —dijo con la voz rebosante de rabia.

—Lo siento —musité mientras me sentaba sobre el sillón para mirarlo.

—Está bien, ya lo he superado.

Sin embargo, me daba la impresión de que no era así.

—A decir verdad, nunca se supera la muerte de alguien. Solamente se aprende a vivir sin su presencia. —Suspiré—. Yo no quiero ni puedo superar la muerte de mi papá. Soy feliz al mantenerlo vivo en mi memoria y en mis recuerdos. Ellos estarán con nosotros siempre que los tengamos presentes en nuestros corazones, aunque no se encuentren físicamente.

Él se mantuvo en silencio, mirándome con intensidad. Me fue imposible después de unos segundos sostenerle la mirada. Era intensa y penetrante.

—Los recuerdos no siempre te dan felicidad. A veces duelen.

—Lo sé. Sin embargo, hay algunos que te salvan —repuse serena.

—Y otros que te condenan. —Me estremecí.

Dijo eso mirándome a los ojos. Un sentimiento extraño me recorrió. Era como si esas palabras me las estuviera diciendo a mí.

No obstante, no encontraba una razón lógica para que aquello pudiera ser así; apenas lo conocía. Negó, sacudiendo su cabeza repetidamente, quizá tratando de alejar cualquier pensamiento que estuviera dando vueltas en su cabeza.

—En fin... Dices que tu padre murió. ¿Qué hay de tu madre? —preguntó para cambiar de tema.

—Ella nos abandonó —mascullé entre dientes, y a él no pareció sorprenderle mi respuesta.

—Quizá tuvo una razón para hacerlo —dijo sorprendentemente—. Tal vez te quiso proteger... A ambas.

Me había planteado una y mil razones por las que ella pudo haberse ido; pero, aun así, nada la justificaba. Yo nunca hubiera dejado a mis hijos. Fuera cual fuera la razón, jamás lo hubiera hecho. Pero obviamente no todas las madres piensan así, y mucho menos la mía.

—Quizá —mentí.

—¿Nunca has tratado de buscarla?

—No, ¿qué caso tiene buscar a alguien que no me quiso? —susurré con tristeza. Porque, a pesar de que había aprendido a vivir sin ella, aún dolía. Todas mis amigas tenían madre, una amiga incondicional con quien hablar, alguien que les diera consejos, y yo no había tenido nada. Mi padre nunca había

sido bueno hablando y Maddy parecía estar igual que yo. Había tenido que aprender a estar sola, sin ese cariño maternal.

—No te pongas así —dijo abrazándome—. Mejor te acompaño a tu habitación a descansar.

Reí.

—Ni loca. Podemos estar aquí —propuse mirando el reloj, y me di cuenta de que las horas se habían pasado volando mientras estaba con él.

—Si lo que piensas es que quiero tener sexo, bien puedo tomarte aquí. No me hace ninguna diferencia. Solo quiero que descanses —me aclaró tocándome la frente con la mano, como si yo fuese una niña pequeña.

—De acuerdo —acepté. Fuera uno a saber a qué hora iría a llegar Maddy.

Nos levantamos del sofá y lo guie hasta mi habitación. Aunque él sabía el camino, se mantuvo detrás de mí.

Al llegar, abrí la puerta, entré y luego lo hizo él. Cerró la puerta; yo me recosté sobre la cama y lo invité a que hiciera lo mismo. No lo dudó. Deslizó su brazo por debajo de mi cabeza y presioné mi mejilla contra su pecho. Se sentía bien estar así, en silencio, atrapada por sus brazos fuertes y cálidos. No me gustó en lo absoluto aquella sensación, que fuera tan perfecto estar con él así. No deseaba extrañarlo cuando no estuviera.

—No sabes el lío en que ambos nos estamos metiendo —habló de pronto.

—¿A qué te refieres? —pregunté sin mirarlo.

—A esto... Tú y yo. Los sentimientos que, aunque no lo deseemos, crecen entre nosotros.

Él tenía razón. Estaba aterrada: Donovan no era el tipo de chico por el cual debía comenzar a tener sentimientos. Y, sin embargo, ahí estaba, permitiendo que poco a poco se adentrara en mi corazón.

—Entonces, simplemente prometamos no mezclar sentimientos y ya. Podemos solamente ser amigos con beneficios. Eso me vendría bien, tener sexo contigo sin ataduras —le sugerí.

Lo escuché soltar un bufido.

—No quiero ser tu amigo con beneficios, quiero ser tu novio. —Su mano fue a mi mentón y lo tomó, haciendo que lo mirara—. Deseo que te enamores de mí, que me ames como no has amado a nadie. Quiero ser una necesidad para ti, quiero ser tuyo, *Kiari*.

Me recorrió un cosquilleo por cada centímetro de mi cuerpo. No supe qué decir y él pareció darse cuenta de ello, dado que sonrió y luego me besó.

Suspiré y le respondí lentamente, saboreando sus labios. Él subió sobre mi cuerpo; con lentitud, su respiración y la mía comenzaban a acelerarse. Dejó caer un poco su peso sobre mí, aprisionándome sin dejarme escapar, y no sé por qué tuve la certeza de que nunca podría hacerlo.

Poco a poco sus manos comenzaron un recorrido por mi cuerpo, acariciando con cautela mis piernas desnudas. Me estremecía al sentirlo; mi piel se erizaba ante su toque, incluso cuando este era cálido. Fui consiente de a dónde nos llevaría eso y, a pesar de no ser virgen, no podía acostarme con él: era demasiado pronto.

—Donovan... —susurré alejándome de sus labios; pero él ágilmente volvió a besarme, sin mostrar el menor indicio de querer detenerse.

Rendida, seguí respondiendo, perdiéndome entre sus caricias, olvidándome completamente de todo. Me dejé llevar mientras su mano se colaba por debajo de mi blusa, tocando con sus dedos la piel de mi abdomen. Su toque me quemaba; él estaba ardiendo; yo estaba igual. Lo atraje más a mi boca, mordí delicadamente su labio

inferior y mi lengua se deslizó suave por este. Donovan gimíó en respuesta, apretándose más contra mi cuerpo, que se curvaba contra el suyo en busca de más. Se metió entre mis piernas y su erección se clavó contra mi pelvis. Los nervios hicieron su flamante aparición.

—Kairi —alguien me llamó.

Me separé de Donovan de golpe.

—Dios... Mi hermana —musité tratando de ponerme de pie.

Donovan no se movía, más bien sonreía al ver mi apuro.

—Quítate de encima, Donovan —le pedí nerviosa.

—¿Por qué? —preguntó burlón.

—Por favor. Si me encuentra contigo aquí, va a sermonearme —susurré escuchando a mi hermana subir los escalones.

Besó mis labios una vez más y se incorporó. Hice lo mismo y rápidamente reacomodé mi blusa y mi cabello justo cuando ella apareció. Miró a Donovan y luego me miró a mí.

Lucía verdaderamente sorprendida, por más que intentara disimularlo.

—Hola. Veo que te sientes mejor —concluyó.

—Sí... Yo ya estoy bien —balbuceé.

Luego vi a alguien que apareció detrás de ella. Era un chico —bueno, quizá pasaba los veinticinco— muy apuesto; de cabello castaño, corto y ondulado; un poco más alto que Donovan, igual de musculoso que él. No tenían mucho parecido, solo por sus ojos: los de él también aparentaban ocultar algo.

—Buenas noches —saludó el muchacho al ver que lo observaba detenidamente—. Kairi, ¿cierto?

—Sí, y tú eres Christian, supongo —murmuré reticente.

—Supones bien —contestó sonriente—. Donovan, creo que es hora de irnos —añadió mirando a su hermano, quien permanecía impassible.

—Debo irme. Te llamaré más tarde. Quizá podamos ir a comer... o al cine —susurró.

Le sonreí de vuelta.

—Claro. Vamos, te acompaño a la puerta.

Al llegar a la entrada, Christian extendió su mano hacia mí. La tomé de no muy buena gana.

—Un gusto, Kairi.

—Lo mismo digo —respondí seria.

No me agradaba. El mismo sentimiento que me había invadido con Donovan se repetía con él. Quizá, conociéndolo más, cambiaría de opinión.

Bajé las escaleras con Donovan y lo acompañé hasta su auto para permitir que Maddy se despidiera de Christian en la puerta. Donovan me abrazó. No quería irse y yo no hice más que responderle, envolviendo su cintura con mis brazos. Su mano se deslizó por mi espalda y un escalofrío me recorrió al escuchar de nuevo esos aullidos a la lejanía. Me separé de Donovan mirando el bosque.

—Esos lobos me provocan un miedo horrible —confesé.

Miré a Donovan y tenía su vista fija en el bosque, al igual que yo. Su ceño estaba fruncido y se mantenía atento, escuchando los aullidos, como si de alguna manera pudiera entenderlos.

—Sí, deberías temerles —me aconsejó sin observarme.

—Donovan, debemos irnos. —Su hermano estaba igual que él. Parecían ansiosos.

—Nos vemos mañana —dijo y besó mi mejilla rápidamente.

Se dirigió a su auto. Entonces, vi que otro se aproximaba a nuestra casa y se estacionaba frente a esta. Me resultó extraño, ya que era tarde y nadie nos visitaba. Donovan no subió a su auto, mantuvo la puerta abierta y la cerró con fuerza al ver a la persona que bajaba del otro vehículo.

Derek caminó como si nada hacia mi dirección, obviando a los demás, como si solo existiera mi presencia para él.

Me paralicé. No entendía qué estaba haciendo allí.

—Ni siquiera lo pienses —lo detuvo Donovan tras llegar a él rápidamente.

Lo empujó con fuerza. Derek reaccionó y lo golpeó en el rostro.

—¿¡Qué demonios te sucedel!? —grité yendo hacia Donovan, pero Christian sujetó mi brazo. Donovan estaba fuera de sí. Fue hacia Derek y le devolvió el golpe con mucha más fuerza.

—¡Detenlos! —le grité a Christian, pero él negó.

Maddy estaba igual de asombrada que yo. No se movía, estaba atenta a la pelea que esos dos tenían.

—¡Vamos, Donovan! —gritó Derek—. Va siendo hora de que le muestres a Kairi lo que eres. Veremos si seguirá confiando en ti cuando lo sepa.

Donovan me lanzó una mirada rápida. Entonces, entendí que, fuera lo que fuera lo que me ocultaba, no era bueno. Tuve la necesidad de salir corriendo y huir de él, pero supe que nunca podría escapar de sus garras.